EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

JUGAR

AL ESCONDITE,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

DE

EUSEBIO BLASCO.

2

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.—2.°

1875.

JUGAR AL ESCONDITE.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.....	Com.ª en cuatro actos en prosa.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)	En un acto en verso.
La tertulia de confianza.	En tres actos en verso.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)	Zarzuela en dos actos en verso.
Un jóven audaz. (2.ª edicion.)	Juguete en un acto en verso.
El amor constipado......	En un acto en verso.
El vecino de enfrente. (Segunda edicion.)..........	En un acto en verso.
La suegra del diablo....	Zarzuela en tres actos. verso.
Pablo y Virginia........	Zarzuela en dos actos en verso.
Los novios de Teruel.....	Zarzuela en dos actos en verso.
Los caballeros de la tortuga.................	Zarzuela en tres actos en verso.
El oro y el moro.......	Comedia en un acto, en verso.
Los progresos del amor..	Zarzuela en tres cuadros, verso.
La señora del cuarto bajo.	Pasillo cómico en un acto, verso.
El pañuelo blanco. (Segunda edicion.)...........	Comedia en tres actos en prosa.
No la hagas y no la temas.	Proverbio en dos actos, prosa.
La mosca blanca..........	Comedia en tres actos, en prosa.
Los dulces de la boda...	Comedia en tres actos, en prosa.
El miedo guarda la viña..	Proverbio en tres actos, prosa.
La Rubia...............	Comedia en un acto, en prosa.
El baile de la Condesa...	Comedia en tres actos en prosa.
Pascuala.............. ..	Comedia en tres actos en verso.
La procesion por dentro .	Comedia en tres actos en prosa.
Parientes y trastos viejos .	Comedia en tres actos en prosa.
Levantar muertos.	Disparate cómico [1].
El anzuelo.............	Comedia en tres actos en verso.
Jugar al escondite......	Juguete cómico en tres actos, en verso.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.
Cuentos alegres.
Una señora comprometida. (Segunda edicion.)
Esto, lo otro y lo demas allá.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.

JUGAR AL ESCONDITE,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

DE

EUSEBIO BLASCO.

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro ESPAÑOL, la noche del 24 de Diciembre de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
LAURA	Doña Matilde Diez.
ISABEL	Doña Sofía Alverá.
LUIS	Don Manuel Catalina.
EL BRIGADIER	Don Antonio Vico.
PEPE	Don Ricardo Morales.

Los papeles de un Pollo, un Criado y un Mayordomo, son muy secundarios, y en obsequio del autor los han interpretado los Sres. Alisedo, Romea y Martinez, contribuyendo notablemente al buen conjunto de la obra.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amneblada.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ISABEL.

ISABEL. Qué tal?
LUIS. Vengo muy contento;
el asunto va muy bien;
es posible que me den
esta noche el nombramiento.
ISABEL. ¿De veras?
LUIS. Y ya logrado
nuestro constante deseo...
ISABEL. Yo al ménos así lo creo.
LUIS. Brillará el sol despejado.
ISABEL. Ya te lo dije mil veces,
que eran nubes pasajeras
las de nuestro hogar.
LUIS. Si vieras
lo hermosa que me pareces!...
ISABEL. ¿Y ántes no?
LUIS. Siempre, mas hoy
resalta más tu hermosura,
y es porque se me figura

que estás, pues que yo lo estoy,
más alegre; y con certeza
dijo alguno, esposa mia,
que siempre fué la alegría
realce de la belleza.

ISABEL. Conque á ver, cuéntame.

LUIS. Nada,
que he visto al subsecretario,
un hombre muy ordinario,
con la cabeza pelada
entre usurero y frailuco,
con un aspecto de niño,
sesenton barbilampiño,
con una facha de cuco!
Pero en fin, cierro mi boca;
es persona muy cabal,
de quien no puedo hablar mal
si es verdad que me coloca.
Dice que él lo toma á empeño,
y que ha de ser y prontito.
¡Ay! dichoso destinito
que me está quitando el sueño!

ISABEL. Y ya logrado...

LUIS. Ya ves,
qué esperamos en Madrid?
Si voy á Valladolid,
ántes que se acabe el mes
tomaremos el portante...

ISABEL. ¿Tan pronto, Luis?

LUIS. Sí señora.
Será usted gobernadora!

ISABEL. Siempre fuí tu gobernante.

LUIS. Es verdad, y sabia!

ISABEL. Al ménos
prudente.

LUIS. Sabia!

ISABEL. Me adulas.

LUIS. Tú, sabiamente calculas
cómo remediar mis truenos.
Tú que mi hacienda y mi vida
gobiernas con ciencia y arte,
tú, á quien siempre al consultarte

fío en tu ciencia adquirida,
tú, que en los graves apuros
hallas para salir, tretas
hábiles, y las pesetas
conviertes en pesos duros;
tú, que con humor jovial
haces la casa un eden,
ora lo pasemos bien,
ora lo pasemos mal;
tú que tanto me contienes,
tú mi mujer adorada,
tú la perfecta casada
y la madre de mis nenes;
tú, en fin, que sólo deseas
mi dicha y mi bienestar,
y que me haces exclamar:
¡oh mujer! Bendita seas! (Abrazándola.)

ISABEL. Bendito tú, que por tí
hallo á todo mal ventajas,
bendito tú, que trabajas
y te desvives por mí.

LUIS. Hoy es un dia dichoso
para quien tanto ha sufrido,
dudando...—Quién ha venido?

ISABEL. Pepe.

LUIS. Amigo generoso!...

ISABEL. Como su cuarto está al lado,
y pasando el corredor...

LUIS. Conque ha estado?

ISABEL. Sí señor.
Y muy amable que ha estado.

LUIS. Qué ha dicho?

ISABEL. Que nos quería
regalar...

LUIS. El qué?

ISABEL. Un piquito
que ha ganado ese maldito
ayer á la lotería.

LUIS. Tú le habrás dicho que no.

ISABEL. Diez mil reales... ya lo creo.

LUIS. Eso sería muy feo,
que nunca he de abusar yo

de su bondad.

ISABEL. Claro está;
cuánto favor le debemos!
dice que hasta que logremos
el destino, intentará...

LUIS. Si es muy bueno!

ISABEL. Y tan jovial...
Con más suerte... y luégo es listo.

LUIS. Mucho, pero yo no he visto
un temperamento igual.
Por todas partes se mete.

ISABEL. De fijo que entre los dos
conseguís...

LUIS. Quiéralo Dios.

ISABEL. Ya ves, cuando lo promete...

LUIS. Ganas tengo, que llevamos
en Madrid ya un año entero,
gastando mucho dinero
y nada bueno logramos;
ay! á fe de Luis de Céspedes
que esta vida me desola.

ISABEL. Yo me paso el dia sola...
y en una casa de huéspedes...
Es horrible; el tiempo pasa
sin que sepa una qué hacer.
Ay, rabio ya por tener
mi casa, mi propia casa!

LUIS. La tendrás.

ISABEL. Solo hallo mal
irme de Madrid.

LUIS. Yo no!
¿Qué más da?

ISABEL. No pensé yo
viajar

LUIS. Á mí me es igual.
Yendo contigo, ¿qué importa
Madrid ó Pekin?

ISABEL. Me carga...

LUIS. Aun la distancia más larga,
salvada contigo es corta.

ISABEL. Sin embargo, no hay un punto
como Madrid.

Luis. Toma, es claro!
Isabel. Ello es un poquito caro...
Luis. Ahí está el quid del asunto.
Isabel. Pero hay una distincion
y un trato y... es otra cosa,
vamos.
Luis. Tú eres vanidosa.
Isabel Puede que tengas razon;
mas no siendo eso en tu daño
ni en el mio...
Luis. Eres mujer!
has venido á pretender
conmigo á Madrid, y un año
de córte ó de capital,
si hemos de hablar propiamente,
tiempo ha sido suficiente
para que ya juzgues mal
las costumbres del país
en que dulce hogar tenemos,
y en el que ambos moriremos,
si Dios quiere.
Isabel. Mira, Luis,
ya sabes tú que yo estrujo
el dinero cuauto puedo,
que á nadie en modestia cedo,
que no me deslumbra el lujo;
pero Madrid me seduce,
no por ser ilustre villa,
sino porque aquí se brilla...
Luis. Lo cual á nada conduce.
Isabel. Conduce á ganar amigos.
Luis. Ya.
Isabel. Y á adquirir relaciones.
Y á visitar los salones.
Luis. Sí; y á crearse enemigos
y á adorar el interés,
y á gastar más que se tiene.
Isabel. En fin, que no nos conviene,
no es eso?
Luis. Pues eso es.
Isabel. Ante tal observacion
callo y bajo la cabeza,

lo que importa es la certeza
de nuestra colocacion.

LUIS. Con bien poco se lográra;
si yo una ocasion tuviera...
ó al ministro conociera...

ISABEL. Toma, entónces...

LUIS. Si le hablára
puede ser que mi elocuencia...
Hacen suerte tantos *memos*...
En fin, veremos, veremos.

ISABEL. Y si no tener paciencia.
Por fortuna no nos pilla
la esperanza tan tronados...

LUIS. Sí, no estamos atrasados
y aún queda alguna cosilla.

ISABEL. ¡Quién sabe!

LUIS. Lo que yo siento
es que esta noche quisiera
dar más pasos y sintiera
dejarte sola un momento.

ISABEL. No, porque precisamente
va á venir Laura á buscarme.

LUIS. Laura?

ISABEL. Sí; para llevarme
á su casa; hoy tiene gente.

LUIS. ¡Ah!

ISABEL. Creo que hay un concierto,
un baile... yo no sé qué.

LUIS. Un baile ..

ISABEL. Es decir .. no sé...
pero en fin, si me divierto
y paso la noche allí...

LUIS. Ya lo creo... si allí fueras...

ISABEL. Pues no te digo...

LUIS. Si vieras
que poco me gusta á mí
esa amistad tan... chocante!

ISABEL. Y por qué?

LUIS. Porque... es...

ISABEL. Qué es?

LUIS. ¿Qué sé yo?

ISABEL. No? pues ya ves

que la razon no es bastante.

LUIS. Ya ves que yo no la trato,
ni la conozco siquiera.
Si fuese de otra cualquiera
podría darte algun dato;
pero una coincidencia
que yo deploro, ha querido
que tú la hayas conocido
durante mi última ausencia,
y que nunca que aquí viene
suela yo estar para verla
y conseguir conocerla;
pero yo no sé qué tiene
que me choca sin hablarla,
y sin verla me disgusta,
y su intimidad me asusta
y me repugna tratarla.
Será una monomanía
que yo no sé en qué la fundo...

ISABEL. Si es lo más buena del mundo...

LUIS. Yo no lo aseguraría.

ISABEL. Yo sí; una mujer hermosa,
elegante, distinguida,
servicial y bien nacida,
tan buena, tan cariñosa...
Que desde que conoció
mi posicion y mi estado
de obsequiarme no ha cesado,
¿debo desairarla yo?
Viene á verme alguna noche
para llevarme al teatro,
cada tres dias ó cuatro
me lleva á paseo en coche;
se interesa por tu suerte;
me pregunta cómo va
tu pretension: pues si está
deseando conocerte!
Nada, nada; te declaro
que no hay ninguna razon
en tenerla prevencion.
Á veces eres tan raro...

LUIS. Pues quieres que lo recuerde,

te diré que yo he sabido
que hizo infeliz al marido,
y que es una viuda...

ISABEL. Verde.
Ya lo sé.

LUIS. Isabel, me apenas;
y la tratas?

ISABEL. Por qué no?
¿Pues qué tengo que ver yo
con trapisondas ajenas?
Temes tal vez que destruya
mi virtud con su imprudencia?
Chico, en cosas de conciencia
cada cual guarde la suya.
Delante de mí sería
muy torpe si en su desdoro
tuviera poco decoro...
ni yo se lo aguantaría!
Su casa está siempre llena...

LUIS. De gente que eso propala

ISABEL. Pues ó la gente es muy mala
ó esa mujer es muy buena!
Porque si á su casa van
todos á pasarlo bien,
¿cómo es posible que den
contra una casa en que dan?

LUIS. Yo no admito tolerancia
para quien no va derecho.

ISABEL. Pero sepamos qué ha hecho
esa mujer en sustancia.

LUIS. Yo no sé; de todos modos
sus malos antecedentes...

ISABEL. En tratándose las gentes
todos murmuran de todos.
Y si renuncias á hablar
á todo el que es murmurado
en Madrid, dí, desdichado,
con quién te vas á tratar?
Si aquí es ya tal la codicia
de hablar mal, que ya murmura
al que es malo la censura
y al que es bueno la malicia!

Hijo, si en tal mundo estás,
déjalo correr así,
y sé tú bueno por tí
sin mirar á los demas.

LUIS. Tú pensarás como quieras;
yo al oírte así me aflijo:
no la trates, te lo exijo.

ISABEL. Ah, si tú me lo exigieras...

LUIS. Y en cuanto á la reunion
de esta noche, yo decido
que no vas.

ISABEL. Lo he prometido.

LUIS. Esta es mi resolucion.

ISABEL. Me lo dices tan airado. .

LUIS. Airado no, mas me niego...
(Más cariñoso y acercándose á ella.)
Perdóname. Te lo ruego.
No vayas!

ISABEL. Vé descuidado.

ESCENA II.

ISABEL.

¡Vaya! le tomó manía!
qué inesperado disgusto!
en fin, le daremos gusto. .
pero es una tontería.
Yo que pensaba haber ido
y haber visto sus salones...
qué imprudentes aprensiones
suele tener mi marido!
Cierto que murmuran... sí,
yo no sé qué, de la tal
señora; pero qué mal
hay en eso para mí?

ESCENA III.

ISABEL y LAURA.

LAURA. Se puede?

ISABEL. Quién es? (Es ella!)
Qué sorpresa! cómo va?
LAURA. No me esperaba usted? Ya
le dije yo á la doncella
que había usted de extrañar
mi visita, y solamente
por eso entré de repente
y sin hacerme anunciar.
Y qué tal, qué tal?
ISABEL. Muy bien.
LAURA. Usté siempre tan casera.
ISABEL. Me quedé por si viniera
mi marido, que tambien...
LAURA. Y cómo está ese marido
que mi suerte no me deja
conocer?
ISABEL. Bien.
LAURA. Cuánta queja
hoy contra usted he traido!
No parecer por allí...
ISABEL. Usted es tan bondadosa...
LAURA. Una mujer tan hermosa
siempre emparedada aquí!
No va usted á ningun lado!
ese marido es celoso?
ISABEL. No; pero como mi esposo
siempre está tan ocupado
y no podemos perder
ni un dia, apenas le queda
lugar...
LAURA. Con tal de que pueda
lograr...
ISABEL. Veremos á ver.
LAURA. Estos ministros han dado
en hacerse de rogar;
ahora acabo yo de hablar
con el ministro de Estado,
para ver si se interesa
por mi primo, y quiere hacer...
ISABEL. ¿Y qué dijo?
LAURA. Prometer;
eso sí, mucha promesa!

pero serán engañosas,
no lograré mi deseo...

ISABEL. Ha estado usted de paseo?

LAURA. He hecho miles de cosas.
Á casa de la de Cuesta,
una antigua amiga mia,
que ha estado con pulmonía,
pero ya está tan repuesta.
Luégo á la plaza de Oriente
á ver un cuarto vacante:
mi casa ya no es bastante
á recibir tanta gente;
tengo tantas relaciones
que me tienen agobiada;
yo no sé negarme á nada,
y llueven presentaciones.
Despues á ver á Honorina
que ha recibido unos trajes
de Paris... unos encajes...
¡ay qué cosa tan divina!
Ello es caro; pero viene
de Paris, y visto así,
hija, en entrando una allí
se gasta lo que no tiene.
Una falda me ha probado
de paño de seda liso,
con un poquito de viso
entre verde y azulado,
que hará muy bien; algo serio,
pero se lo he visto á algunas...
Despues fuí á llevar unas
coronas al cementerio;
tengo allí enterrados juntos
á mis padres y á mi nene;
y como el jueves que viene
es el dia de difuntos,
quise llevar la expresíon
de mi pesar, porque al fin...
despues pasé un *sofoquin*;
Jesús, qué sofocon!
Á ver unas bagatelas
entro á una tienda, y un hombre

me dice que con mi nombre
le han estafado unas telas.
Figúrese usted qué abuso;
yo siempre suelo pagar,
y siempre voy á comprar
ahí á casa de Casuso!
En fin, por no armar camorra
pagué y seguí mi camino,
y fuí á ver á un sobrino
que tenía en Calahorra,
y que ha tomado soleta;
tiene ideas progresistas;
le han quemado los carlistas
una fábrica en Ortueta
y una casa en Abarzuza,
y otra en Irun; cuando él cobre...
le digo á usté que está el pobre...
¡ha visto usté qué gentuza?
De allí fuí á la *Corona
de Oro* por una cadena;
luégo he ido á la novena
á oir al padre Cardona;
luégo á casa de Lhardy
á dar encargo de un té;
por cierto que me encontré
á unas amigas allí
con un pollo, un estafermo
que á una de ellas ha pedido;
chiquitin, descolorido,
con una cara de enfermo...
me invitaron á comer,
y son tan etiqueteras...
fuí luégo á ver dos pulseras
que hay en casa de Samper;
luégo á avisar á mi hermana
para mi té de esta noche;
despues dí mi vuelta en coche
por la Fuente Castellana;
luégo á conocer á un mono
que han traido las de Artal;
despues al Teatro Real
á renovar el abono,

y á la plaza de Bilbao
á dar una limosnita;
y desques á una visita
en la plaza del Callao,
y por fin vine á esta casa
á ver lo que usté me cuenta,
porque, hija, yo estoy hambrienta
ya, de saber lo que pasa.

ISABEL. Pues si usted con tanto andar
no sabe si ocurre algo
de nuevo, yo que no salgo,
qué le puedo á usted contar?

LAURA. Pena me da verla á usté
tan escondida y aislada;
pero en fin, me tiene dada
su palabra para el té
que doy esta noche...

ISABEL. Ah, sí...

LAURA. Y vengo á hacerle un recuerdo.
No falte usted, que si pierdo
su presencia luégo allí,
tendré un pesar...

ISABEL. (Se adivina
que dice lo que sintió;
y cómo desairo yo
á una persona tan fina!)

LAURA. Sólo eso á venir me mueve;
y pues aún tengo que hacer,
y es hora ya de comer,
me marcho, y hasta las nueve.

ISABEL. Diré á usted... hoy no estoy buena.

LAURA. ¿Cómo? Se va usté á excusar.

ISABEL. Y luégo... debo aguardar
á Luis...

LAURA. Hija, me da pena
verla á usté tan dependiente
de su Luis...

ISABEL. No, si no es eso;
sino que..

LAURA. Es algun exceso
ir á donde va la gente?
Y luégo... yo ya he contado

con usted!

ISABEL. Sí, ya lo sé.

LAURA. Y la he anunciado á usté ..

ISABEL. ¿De veras, eh? (Me ha anunciado!)

LAURA. Usted hará lo que quiera;
pero siento mucho ver
que no puedan conocer
á la linda forastera;
y luégo habrá tanta gente...
tengo concierto.

ISABEL. Concierto?
la música...

LAURA. Sí por cierto.

ISABEL. Qué lástima.

LAURA. Ciertamente.
Cantará la de Gamboa
con unos chicos cubanos,
y tocan á cuatro manos
la de Perez; y Balboa;
y viene Arrieta é Inzenga
y unos artistas del Real:
se lo digo á usted formal,
sentiré que usted no venga;
casi todo lo he pensado
por usted.

ISABEL. Por mí?

LAURA. Sin duda.
Parece usted una viuda...
que no se haya consolado!

ISABEL. Pues en fin, sépalo usted
que no voy... yo me prometo
que usted me guarde el secreto.

LAURA. Yo soy como la pared.

ISABEL. Mi marido tiene á veces
manías... y... nos llevamos
muy bien; pero tiene... vamos...

LAURA. Sí, vamos, ridiculeces!

ISABEL. Eso mismo; y hoy le da
por no dejarme salir.

LAURA. Y usted le puede sufrir?
¡qué insoportable será!

ISABEL. ¡No!

LAURA. Cuando usted á su enojo
teme así...

ISABEL. No.

LAURA. Bien se advierte.
Ó él tiene el carácter fuerte,
ó usté le tiene muy flojo.
En fin, cada cual se entiende:
yo deploro esa desgracia.

ISABEL. No me hace á mí mucha gracia
quedarme aquí.

LAURA. Se comprende.
Perder una reunion
brillante... acaso esa fiesta
le parece deshonesta?
es devoto ó santurron? (Riendo.)

ISABEL. ¡No señora! Él es así.

LAURA. Acaso es por mí, señora?
nadie me ha hecho hasta ahora
la ofensa de huir de mí.

ISABEL. Oh, por Dios!

LAURA. Vamos, no puedo
por ménos de declararlo.
Usté teme confesarlo;
pero le tiene usted miedo!

ISABEL. Miedo?

LAURA. Es claro!

ISABEL. Sí? Pues...

LAURA. Qué?

ISABEL. Para que á usted no le quepa
duda de mí; que él no sepa
que voy...

LAURA. Acabára usté!
Sí él pasa fuera la noche
con tal de que no lo advierta
y de que usted se divierta...

ISABEL. Es verdad!

LAURA. Quiere usté el coche?

ISABEL. Muchas gracias.

LAURA. Sí! lo envío
á las diez...

ISABEL. Es buena hora.

LAURA. Hasta luégo.

ISABEL. Adios, señora.
LAURA. Guárdese usté bien del frio,
que en Madrid es peligroso;
y este cambio de estaciones...
ISABEL. Hasta luégo.
LAURA. ¡Ah!
ISABEL. ¿Qué?
LAURA. Expresiones
al señor escrupuloso!

ESCENA IV.

ISABEL.

Despues de todo, qué mal
hay en ir á divertirse
sin que pueda traducirse
por interés... ilegal?
Y puesto que le disgusto,
si lo ignora y no se altera,
él pasa la noche fuera
y yo me doy ese gusto.
Nadie me conoce aquí;
aún no he pisado un salon
desde que vine; es razon
que vea lo que hay allí.
Nada, ya es cosa resuelta,
una hora pronto pasa;
y cuando él vuelva á su casa
ya puedo estar yo de vuelta.
Á bien que cualquier mujer
cuando tiene algun capricho
no lo realiza! lo dicho,
lo deseo y ha de ser!

ESCENA V.

ISABEL, LUIS, PEPE.

LUIS. Entra, Pepe.
PEPE. Isabelita.
Cómo está usté?

ISABEL. Así así.
LUIS. Estás mala?
PEPE. Mala?
ISABEL. Sí.
Esta jaqueca maldita...
Mas durmiendo se me pasa;
tú saldrás?
LUIS. Volveré presto.
ISABEL. No te des prisa; me acuesto,
y cuando vuelvas á casa
no me despiertes!
PEPE. Con él
voy á salir un ratito.
ISABEL. Bien pensado; adios, Pepito.
PEPE. Que usté se alivie, Isabel.

ESCENA VI.

LUIS, PEPE

LUIS. ¿Conque dí?
PEPE. Pues que he pensado,
como siempre, en ayudarte,
y puedo proporcionarte
un éxito inesperado...
LUIS. Ay, si eso fuera verdad!
PEPE. Tú estás buscando á millones
cartas, recomendaciones...
y eso es una necedad!
LUIS. Crees?... Pues hoy he tenido
una larga conferencia
con don Lucas de Plasencia,
el cual ya me ha prometido
que ha de colocarme pronto,
dándome un mando que...
PEPE. Cuándo?
LUIS. No ha dicho.
PEPE. Espérate, mando...
Pero hombre, pareces tonto!
No conoces que al asedio
de un moscon siempre hay salida,
y esa es fineza fingida

para quitarte de en medio?
Tú eres un hombre sincero.
LUIS. Y él un hombre que ha llegado.
PEPE. Pues cómo hubiera medrado
sin haber sido embustero?
¿Puedes creer que el que aspira
del poder al usufructo,
se valga de otro conducto
que la farsa y la mentira?
Piensas tú que el que te ofrece,
cuando tu labio le alaba,
da sin ver lo que recaba
de aquel á quien favorece?
Todo pretendiente es necio
si piensa que han de atenderle
no más que por complacerle
y por demostrarle aprecio,
y es ya costumbre oficial
prometer y no cumplir,
y del aprieto salir
echándola de formal.
Tu esperanza es un fracaso;
te lo digo aunque te irrite;
como no te necesite
no esperes que te haga caso.
Yo soy tu amigo leal
y voy derecho á la fuente,
y te tengo más presente
que todo el mundo oficial.
Yo tengo opuestas ideas
á ese hombre, mas con mi ayuda,
muy pronto, no tengas duda,
lograrás lo que deseas.
Sábelo: hay crisis parcial,
y ha salido el de Fomento,
y no hay que perder momento;
ha entrado en Fomento Ausal.
LUIS. ¿Qué me dices?
PEPE. En Fomento.
Yo tengo amistad estrecha
con su hermano; es cosa hecha.
LUIS. Oh milagroso talento!

Déjame abrazarte! (Abrazándole.)

PEPE. Espera
y preparemos la cosa.
Hay una mujer famosa,
andaluza, retrechera.
que á sus tertulios atraca
dándola de muy rumbosa;
una cursi pretenciosa
que va buscando casaca,
y le ha dado por hacer
relaciones y armar bulla,
y que intriga y embarulla
el mundo si es menester.
Su tertulia es un filon;
van mujeres muy bonitas,
pollos alegres, viuditas,
gente de la situacion,
comerciantes, diputados
de cuando había Congreso,
personas de mucho peso,
militares y empleados...

LUIS. ¡Ya!

PEPE. Del ministro novel
conozco, como te digo,
al hermano, que es mi amigo
y me he criado con él.

LUIS. ¡Ya!

PEPE. So color de llevarte
á un té que se da esta noche,
te llevo luégo en mi coche,
y allí voy á presentarte
á mi amigo.

LUIS. Y... mi mujer?

PEPE. No empieces ya con tonteras.

LUIS. Bueno, haré lo que tú quieras.

PEPE. Calla y déjate querer.
Que tu mujer es celosa
ó que llevarla no puedes,
no es eso?

LUIS. Sí.

PEPE. No te quedes
al té.

LUIS. Pero oye una cosa.
Yo á Isabel he prohibido
ir esta noche á otra parte.

PEPE. Bien; no tienes que ocuparte
de ella.

LUIS. Y yo siempre he oido
de sus labios que si un dia
levemente la engañára,
sabe Dios lo que pasára.

PEPE. Eso en razon estaría.
Si ella hubiera de saber
que tú en el baile estuviste...

LUIS. Es verdad.

PEPE. Pero no oiste
que se va á acostar?

LUIS. Á ver...

PEPE. Lo que nos importa es ir,
ver al brigadier Ausal,
hablarle tú muy formal
de lo que quieres pedir
y que él le pida á su hermano
el ministro, tu destino.
Es un catalan muy fino.

LUIS. Pepito, venga esa mano.
La cosa puede ser séria
y no hay más que hablar, iremos.

PEPE. Corriente. Dónde nos vemos?

LUIS. En el café de la Iberia.
Yo le diré á mi mujer
que voy contigo al Congreso
ó al Ateneo.

PEPE. Eso, eso,
como ella no te ha de ver...

LUIS. Vuelvo temprano...

PEPE. Cabal;
hay que aprovechar la noche.
Yo vendré aquí con un coche.

LUIS. No, á la Iberia.

PEPE. Ya; es igual.
Adios pues.

LUIS. Adios, Pepito.
Y gracias.

PEPE. Qué tontería! (Se va.)

LUIS. Si con esta picardía
aseguro el destinito...
Bien me puedes perdonar
si esta noche me desvelo,
y mientras tú duermes velo
pensando en tu bienestar.
Puesto que ella está malita
comeré en Fornos: las siete;
me visto en un periquete
y acudo luégo á la cita.
Veo ese baile; de paso
hablo al hermano del nuevo
ministro, y á más me llevo
una nota por si acaso.
Tengo tiempo de volver
y desnudarme y pasar
á ese cuarto á despertar
á mi señora mujer.
Hoy se quedará dormida
y mañana convencida;
toda hembra es lo más babieca!...
Bendita amen la jaqueca
á tan buen tiempo venida! (Se va á su cuarto.

ESCENA VII.

ISABEL.

Desde la puerta de su cuarto.

Ya se han debido marchar
y ya puedo yo salir.
¡Cómo se puede pensar
que en vez de echarme á dormir...
me voy á echar á bailar!
Isabelita... valor!
un pecadillo en justicia
lo hace el ménos pecador.
Ah, inocente!
(Lo dice por su marido y de la manera más cómica; en seguida se mete muy de prisa en su cuarto.)

ESCENA VIII.

LUIS.

Sale vestido de frac, con el abrigo y el sombrero en la mano.

Pues señor...
la cosa... no trae malicia!!
(Se va corriendo y saltando de puntillas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En casa de Laura. Luces, mobiliario lujoso, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL MAYORDOMO, el CRIADO.

MAYORD. Se vistió ya la señora?
CRIADO. Si; la he visto en el salon
hará como media hora.
MAYORD. Avísela usted, Ramon;
dígala usted que me tomo
la libertad de avisarla.
CRIADO. Voy allá. (Este Mayordomo
siempre viene á disgustarla.)

ESCENA II.

EL MAYORDOMO.

Nada, por más que ella diga
esto no tiene remedio,
y mi cargo aquí me obliga
á no omitir ningun medio.
Ya se ve, como se tira
el dinero, luégo pasa
que todo el mundo conspira

contra el amo de la casa.
Yo se lo he dicho mil veces,
pero ¿quien oye á los viejos?
siempre parecen sandeces
lo que son buenos consejos.

ESCENA III.

EL MAYORDOMO, LAURA, de baile.

LAURA. Qué hay, don Cenon?
MAYORD. Nada bueno.
LAURA. ¿Qué dicen mis acreedores?
MAYORD. Difícil es poner freno
al furor de esos señores.
LAURA. Es posible?
MAYORD. Están tan hartos...
LAURA. No ha encontrado usted una excusa?...
MAYORD. Excusas, eh? Cuartos, cuartos,
lo demas son garatusas.
LAURA. Y qué prodremos pensar?
MAYORD. No sé.
LAURA. Yo estoy apurada.
MAYORD. Pues no quieren esperar
ni se contienen con nada.
LAURA. Yo no duermo, don Cenon,
pensando en el porvenir!
MAYORD. Pues bien mirado, ellos son
los que no deben dormir.
LAURA. Vea usted si algo contiene...
Qué está usted pensando ahora?
MAYORD. Pues yo pienso que usted tiene
muy poco juicio, señora!
LAURA. ¿Y qué voy á hacer?
MAYORD. Pagar.
LAURA. Y si no tengo.
MAYORD. Vender!
LAURA. ¿Me he de desacreditar?
MAYORD. Pues ello ha de suceder.
LAURA. Jesús, Jesús, y qué apuro?
Cuando estoy tan bien mirada...
MAYORD. Cuando no tenga usté un duro

nadie le dará á usté nada.
LAURA. Piense usted algo que pueda
remediar en algo el mal.
MAYORD. Pues yo no sé hacer moneda.
LAURA. Hola, el Brigadier Ausal.
Váyase usted.
MAYORD. Ya me voy.

ESCENA IV.

LAURA, el BRIGADIER.

BRIG. Oh placer! Soy el primero.
LAURA. Así parece.
BRIG. Me doy
la enhorabuena sincero.
LAURA. De veras?
BRIG. Sí por quien soy.
LAURA. Viene usted con tanta prisa
á casa?
BRIG. Si usted supiera...
LAURA. (Nunca le ví tan risueño:
ay de mí! si Dios quisiera!...)
BRIG. Vengo de pagar mil duros...
LAURA. Ah!
BRIG. Por una saboneta.
LAURA. (Saldría de mis apuros;
pero qué mujer le espeta...)
BRIG. Mil duros; y yo me excedo
por tener buen gusto.
LAURA. Sí...
(Tiene buen gusto y no puedo
hacer que se fije en mí.)
BRIG. Es repeticion.
LAURA. Preciosa!
BRIG. No se puede mejorar.
Da los cuartos!
LAURA. Ay, qué cosa!
(Tú los debías de dar.)
BRIG. Conque vamos, me parece
que esta noche hay gran funcion.
LAURA. Y algo que á usted interesa,

no lo habrá en la reunion?

BRIG. Quién sabe!

LAURA. (Oh Dios, qué esperanza!)
Usted, con su bizarría...

BRIG. Mil gracias!

LAURA. (Con esa panza
y todo apechugaría.)

BRIG. Puede ser que alguna...

LAURA. Alguna?

BRIG. Porque, vamos... yo me entiendo

LAURA. (Ay, no me tientes, fortuna,
que ya me lo voy creyendo!)

BRIG. Pero, en fin, es un secreto,

LAURA. Un secreto?

BRIG. Puede ser.

LAURA. (Ya ya; pues yo te prometo
que pronto lo he de saber.)
Conque hay crísis?

BRIG. No; la ha habido
parcial.

LAURA. Quién salió?

BRIG. Lozano.

LAURA. Vaya! Y quién le ha sucedido?

BRIG. Pues quién ha de ser? mi hermano.

LAURA. Ah, señor recien subido!

BRIG. Yo no.

LAURA. Tendrá usté influencia.

BRIG. Yo soy el mayor.

LAURA. Á ver?
(¿Esto más? Ay qué impaciencia!)
Pues, amigo Brigadier,
yo necesito una audiencia.

BRIG. Pues cómo...

LAURA. Tengo un pariente
que hace un año está cesante.

BRIG. Ah, ya, el que estaba en Oriente
de cónsul.

LAURA. Precisamente.

BRIG. Pues le llevaré á Levante.

LAURA. (Si me llevases á mí...)

BRIG. Ya lo creo.

LAURA. Qué? (Ah, eres mio!

Ya comienza á venir gente
y cuando precisamente
ya le tenía yo aquí.)
Hoy tengo aquí gente nueva

BRIG. Quién, quién?

LAURA. El conde de Brieba
con su mujer.

BRIG. Muy hermosa,
y una mujer muy graciosa.
La hermosura es una breva.

LAURA. Es una forasterita,
mujer de un ex-secretario
de un gobierno, muy bonita;
él es un estrafalario,
pero ella es una bendita.

BRIG. ¿Cómo se llama?

LAURA. Isabel.

BRIG. Isabel...

ISABEL. Sí. (Se ha alarmado?)

BRIG. Y ¿dónde vive?

LAURA. (Ay hado infiel!)
En la calle del Clavel,
diez y nueve, duplicado.

BRIG. Ay, amiga de mi vida!

LAURA. Qué pasa?

BRIG. Oh dicha espantosa;
sea aquí muy bienvenida
una mujer muy preciosa.

LAURA. Pero...

BRIG. Muy bien concluida.

LAURA. Pero usted...

BRIG. Sí, hace dos meses
que la miro y que la rondo.

LAURA. ¿De veras?
(Muy disgustada y aparentando curiosidad.)

BRIG. Más de mil veces
he querido... No respondo...

LAURA. ¿De qué?

BRIG. De echarme á sus piés.
Usted me presentará.

LAURA. Ya sabe usted que le estimo.

BRIG. Usted dichoso me hará;

le coloco á usté á su primo.
LAURA. ¿De veras?
BRIG. Pues claro está.
Le haremos cónsul.
LAURA. Son vanas
las promesas.
BRIG. No, son finas.
LAURA. Sí, dentro de dos semanas...
BRIG. Bah!
LAURA. Se marcha á las Marianas.
BRIG. Pues lo mando á las Joaquinas!
LAURA. (Qué chasco!)
BRIG. Y de embajador.
LAURA. (Y yo la he ido á traer...)
Está usted loco.
BRIG. De amor.
LAURA. (Y traigo yo á esa mujer!)
Es que tiene posesor!
BRIG. Me importa poco.
LAURA. Qué exceso!
BRIG. Un sablazo le administro
que lo dejo patitieso.
¡Con un hermano ministro
voy yo á reparar en eso!
Nada, nada; yo lo entiendo.
LAURA. Allí hago falta.
BRIG. Es verdad.
Vamos al salon corriendo.
(Dándole el brazo.)
LAURA. Gracias. (Lo que estoy sufriendo!)
BRIG. Qué feliz casualidad!

ESCENA V.

EL MAYORDOMO.

Quisiera yo que esta noche
pasára aquí cualquier cosa,
que acabase con las fiestas
y los tés y las tramoyas
para siempre; algunas veces
tengo intenciones diabólicas,

quisiera pegarle fuego
á la casa, ó que á una tonta
de esas que vienen á darse
aquí un atracon de solfa,
se le prendiese un vestido
con la luz y ardiese toda,
ó que se armára un escándalo,
ó que se armára la gorda
en Madrid y hubiese un dia
de saqueo... Esta espantosa
situacion no se remedia
sino con alguna cosa
extraordinaria; pues como
yo pueda aquí armar camorra
ó hacer que demos un dia
una campanada gorda,
no he de dejarlo por miedo,
á ver si así mi señora
tiene un disgusto, uno solo,
que dé fin á tanta broma
y entre al fin la casa en órden,
y se paga y se entra en otra
manera de vivir, digna,
sin trampas y sin historias;
yo no puedo ver en calma
lo que ella ve sin zozobra
y he de intrigar y armar cisco
y zalagarda y camorra.

ESCENA VI.

EL MAYORDOMO, ISABEL, LAURA despues.

ISABEL. La señora estará dentro;
quiere usted avisar?
MAYORD. Ahora.
ISABEL. Vengo sola.
MAYORD. Ya aquí viene.
LAURA. Querida amiga...
ISABEL. Ah señora,
qué amable es usted; su coche
me ha evitado mil zozobras;

le he visto al doblar la esquina
de la calle de la Bola,
muy cerca de aquí... he bajado
temblando.

LAURA. Y por una cosa
tan natural; yo mañana
le he de escribir cuatro bromas
contándole que usté ha estado
aquí, y que ha venido sola
por no dignarse el haberme
conocido ántes de ahora,
(y te encierra y no te ve
en diez años.)

ISABEL. No señora,
nada do eso; yo no quiero
disgustos; si monta en cólera...
y como nunca tenemos
por qué..

LAURA. Ya eso es otra cosa.

ISABEL. Crea usted que si no fuera
porque no es fácil que otra
persona que usted me pueda
conocer aquí, congojas
me darían de pensar
que supiesen...

LAURA. (¡Vaya, es tonta!)
Quiere usted ver los salones
ahora mismo?

ISABEL. Sí señora;
pero ántes voy á sentarme,
porque estoy tan fatigosa...

LAURA. La emocion...

UNAS SEÑORAS. (En la puerta del foro.) Muy buenas noches

LAURA. Soy con ustedes.—Señoras...
la generala, mi prima.

ISABEL. Qué elegantes.

LAURA. Son muy monas
las niñas...

UN POLLO. Cómo va, Laura?

LAURA. Hola, Luis.

ISABEL. ¡Luis!

POLLO. No estás sola.

LAURA. Mi primo Luis.
ISABEL. ¡Ah!
LAURA. Una amiga
recien llegada de Loja.
POLLO. Tengo mucho gusto...
ISABEL. Gracias.
POLLO. Quién hay por allá?
LAURA. Hasta ahora
poca gente; pero vé,
haz música, tú que tocas
tan bien.
POLLO. Hasta luégo, prima.
ISABEL. Pues... la casa es muy hermosa.
LAURA. Le gusta á usted? Ya veremos
todo despues.

ESCENA VII.

DICHAS, el BRIGADIER.

BRIG. (Están solas.
¡Pero qué mujer tan guapa!
vamos, es encantadora.)
Cómo aquí tan retirada?
LAURA. (El Brigadier.)
BRIG. (Eh? qué hermosa!
Presénteme usted por Dios.)
LAURA. Le presento á usted, señora...
ISABEL. Ah, sí...
LAURA. Al Brigadier Ausal;
una excelente persona,
cuya brillante carrera...
BRIG. Por Dios...
LAURA. Y brillante historia
y brillantes cualidades...
BRIG. Basta de brillo, señora.
(Por Dios, que me está poniendo
lo mismo que un par de botas.)
LAURA. Já! já! já! Es muy jovial.
ISABEL. No dudo...
LAURA. Tiene unas cosas...
Les dejo á ustedes, que adentro

tengo obligacion forzosa...
Usted la llevará luégo.

BRIG La llevaré. (Ay á la gloria
la llevaría...)

LAURA. (Y los tengo
que dejar... es una broma!)

BRIG. No sé qué hacer.

ISABEL. (Es simpático
este Brigadier.)

(Pasa un criado con una bandeja de helados.)

BRIG. ¡No corras,
querido!

(Tomando un vaso y ofreciéndoselo á Isabel.)

Si usté permite
que la ofrezca...

ISABEL. Usted me colma
de.. yo no sé qué decirle.

BRIG. No, no hay de qué; eso conforta. .

(Al Criado, que se ha quedado inmóvil con la bandeja en la mano.)

Vete ya, si yo no tomo!

ISABEL. De veras, y usted no toma
helado?

BRIG. Me haría daño;
pues precisamente ahora
estoy tan... tan sofocado,
que de seguro una gota
de limonada me haría...
me haría muy mala obra.
(Esto de que yo no pueda
explicarme con las *donas*
como con los hombres, vaya,
que se me pone una cosa
en la garganta, y no puedo;
estoy tratando con tropa
toda la vida...) Ah, no, venga!

(Recogiendo el helado que iba á dejar Isabel.)

ISABEL. Gracias. Tiembla usted?

BRIG. Señora...

ISABEL. (Qué hombre tan raro...) (Pausa.)

BRIG. (Despacio y riendo.) ¡Caramba!

ISABEL. ¿Qué?

BRIG. Que á veces se ocasionan
casualidades que tienen
muchos busilis, señora!
ISABEL Y por qué...
BRIG. ¡Por qué? Por nada.
ISABEL. Vaya pues.
BRIG. Es una historia.
ISABEL. Interesante?
BRIG. La digo?
Pues sepa usted que hará cosa
de dos meses que yo vivo
con la palabra en la boca
ú con el alma en un hilo,
ú como sea, por sola
la casualidad de un dia
que iba usté en un coche sola
por la plaza de Matute,
y es usté tan buena mosa,
que yo, vamos, como tengo
buen gusto y no se me corta
la voluntad, desde entónces
la veo á usté á todas horas;
y al saber que aquí esta noche
iba usté á venir y sola,
dije yo, pues ¡amen! venga,
que yo le diré las cosas
que tengo yo atragantadas
desde la bendita hora
que la ví á usté; hablemos claro,
que tarde me veré on otra;
yo sé guardar un secreto,
y sé querer á mi modo,
sin perifollos ni dengues,
ni palabras ni bambollas,
soy leal, soy, cuando digo
que me gustan las personas,
un esclavo de los ojos
hermosos que me enamoran.
Yo la he seguido á usté en coche
y á pie, y en locomotora,
quiero decir en un viaje
que hizo usted á Saragosa

desde Lérida... yo paso
la calle de usted, y las horas
se me hacen eternas, viendo
que á su balcon no se asoma:
la busco á usté en todas partes
la sigo como una sombra,
sueño con usté en voz baja
para que nadie me lo oiga,
y seré, en fin, si usté quiere
calmar la sed que me ahoga,
un esclavo de esos ojos,
que son dos soles que asoman
dando la luz al que triste
pasó la noche en zozobra:
de esos labios, que parecen
claveles, y en cuyas hojas
hay un bálsamo que cura
las heridas grandes y hondas;
de esas manos, de ese talle,
de ese aire, de esa persona,
en fin, yo no soy poeta,
pero le diré á usté en prosa,
que me tiene usté penando
y que es usté una real moza...

ISABEL. Pues señor... hay que reirse.

BRIG. ¡Cómo?

ISABEL. Motivo hay de sobra.
(Pues si así empieza la noche
dígole á usted que ya es broma.)
Brigadier, yo no comprendo
cómo usted, una persona
de carrera... se ha atrevido...

BRIG. Pues que sólo se enamoran
los vagos?

ISABEL. No, no digo eso,
sino que es irrespetuosa
su actitud cuando por vez
primera me ve; y no es cosa
de...

BRIG. Pues si lo voy dejando
se pasa otro año, señora,
y cuando espere á decirlo

ya no podré abrir la boca.
ISABEL. Pues cómo?
BRIG. De viejo, digo...
ISABEL. Já, já! Tiene usté unas cosas...
(Yo no sé qué hacer, Dios mio!
si le hago caso, me agobia
y puede tomar en serio
lo que yo he tomado en broma.)
BRIG. (Lo piensa.)
ISABEL. (Y si le desairo
y se enfada, y me hallo sola
sin conocer aquí á nadie,
y yo estoy muy pesarosa
de haber salido de casa!...)
BRIG. ¿Qué piensa usted?
ISABEL. En la broma
que usted me ha dado.
BRIG. Yo...
ISABEL. ¡Es claro!
BRIG. Yo soy muy formal, señora.
ISABEL. Ó tal vez usted, creyendo
que yo soy de mi persona
dueña absoluta...
BRIG. Hay marido,
ya lo sé.
ISABEL. ¿Cómo?
BRIG. Y me estorba.
ISABEL. (Es un majadero; vamos,
qué hace una con este posma?)
BRIG. ¡Lo detesto!
ISABEL. Ya es manía.
BRIG. Lo aborrezco!
ISABEL. Usted me agobia.
BRIG. Lo abomino!
ISABEL. Está usted loco.
BRIG. ¡Lo odio á muerte!
ISABEL. Es fuerte cosa!
BRIG. Conque usté diga una frase...
ISABEL. Yo no digo frases locas.
BRIG. Pues si usted ama á ese hombre,
por qué ha venido usté sola?
ISABEL. Porque él estaba ocupado,

ya lo sabe usted.

BRIG. Historias.
Ó usted está bien sin él,
ó á él de usted nada le importa;
no se viene á una reunion
siendo jóven, siendo hermosa,
sin que venga el que es muy justo
que tenga celos de sobra.
No deja ningun marido
que vaya una mujer sola
adonde hay tantos moscones,
que aprovechan cualquier cosa.
Vamos, vamos, que yo entiendo
todas estas quisicosas,
y yo sé que usté y el otro
no se quieren ya gran cosa.

ISABEL. (Las razones son de peso;
si él supiera...)

BRIG. Está usté sola:
todas esas que han venido
tienen novio, es otra cosa;
y otras llevan los maridos
arrimados á la cola.

ISABEL. Bien mirado...

BRIG. Estará bueno
que entre usted adentro ahora
sin que nadie la acompañe
ni la diga cuatro cosas;
pues bonito papel fuera
siendo usté tan buena moza.

ISABEL. Si me marcho...

BRIG. Está usté mala.

ISABEL. Es capricho...

BRIG. Está usted loca.

ISABEL. Ya es muy tarde...

BRIG. Está usted ciega.

ISABEL. Son las doce...

BRIG. Está usté sorda.

ISABEL. Ay coronel, yo no puedo
resistir á tal congoja.
Se ha empeñado usted en darme
que rabiar...

BRIG. Rabia dichosa;
yo dejo que usted me muerda.
ISABEL. Jesús! Dice usted unas cosas...
BRIG. Yo soy así! Natural!
ISABEL. Y yo soy...
BRIG. Encantadora.
Venga el brazo; vamos juntos;
allá dentro hay cien hermosas;
al momento que la vean
se van á quedar bisojas.
ISABEL. Vamos pues. (Y ya qué hago?
Le entretengo media hora
y me voy...)
BRIG. Usté permite...
ISABEL. Muchas gracias.
BRIG. De usté todas.
ISABEL. Me hace gracia!
BRIG. Es que es muy guapa!
ISABEL. Es bonita esta consola...
(Distraigámosle.) No es cierto?
BRIG. Sí; pero esto... en Barselona...

ESCENA VIII.

PEPE, LUIS.

PEPE. Ea, ya estás en el centro
de operaciones; ahora
veremos á la señora,
que debe de estar adentro.
LUIS. ¿Cómo dices que se llama?
PEPE. Su nombre no he retenido;
yo siempre la he conocido
por la viuda de Saldama.
No sé su nombre de pila;
pocas veces la he hablado,
y siempre preocupado.
LUIS. Tu *sans façon* me horripila.
¡No abusemos!
PEPE. Si su gusto
es recibir mucha gente;
verás cuando te presente.

LUIS. No me pondrá ceño adusto?
PEPE. Al contrario; su manía
es tener la córte entera
en su casa si pudiera.
LUIS. La da por la tontería?
PEPE. Pero qué severo eres!
LUIS. Hombre...
PEPE. Y tan intransigente...
Te empeñas en que la gente
sea como tú la quieras.
Con las gentes hay que ser
indulgente sin pasion,
y tomarlas como son
y no como deben ser.
Pero hombre, cómo te atreves
á tales cosas?
LUIS. Ya entiendo.
PEPE. Chico, pues tú estás haciendo
ahora lo que no debes.
LUIS. Mintiendo!
FEPE. Mintiendo estás
con tu mujer.
LUIS. Razon tienes.
PEPE. Pues entónces, á qué vienes
censurando á los demas?
Todos, puesto que mentimos,
motivo á censura damos,
y es justo que transijamos,
y de transigir vivimos.
¿Quién no murmura á la dueña
de la casa donde estás
y con su razon quizás?
Pero es afable, es risueña,
obsequia á sus relaciones
y admite en estos estrados,
entre cien hombres honrados
treinta ó cuarenta bribones:
¿pero qué le hemos de hacer?
ni á ellos ni á ella los condeno,
yo procuro ser muy bueno.
LUIS. Así dice mi mujer.
Mas tratemos, por mi nombre,

de ver á nuestro hombre al fin.
PEPE. Pues mira, en nombrando al ruin
de Roma. . aquí está nuestro hombre!

ESCENA IX.

DICHOS, LAURA, el BRIGADIER.

BRIG. (No va mal, no la disgusto...
se rie!)
LAURA. (Se rie? Adios,
me lo birla!) Hola!
PEPE. Aquí hay dos
intrusos...
LAURA. Ah!
PEPE. Y tengo el gusto
de presentarles á ustedes
á un casi gobernador.
LAURA. ¡Ah!
LUIS. Pero, chico!...
PEPE. El señor
de Céspedes y Paredes.
LAURA. Céspedes... ese apellido.
PEPE. Hola, general futuro!
(Pasando junto al Brigadier.)
BRIG. ¡Jé! jé!
PEPE. Conque nuestro Arturo
ministro!
BRIG. Ya habrás sabido...
PEPE. No solamente lo sé,
sino que vengo á buscarte
por eso y á incomodarte.
BRIG. Bueno, me incomodaré.
PEPE. Siempre fuiste complaciente.
BRIG. Esta noche estoy confuso.
PEPE. Ya sabes que yo no abuso.
LAURA. Hoy tengo mucha más gente
y no esperaba el honor
de hallar un amigo nuevo.
LUIS. Oh, señora, yo me atrevo
á implorar tan gran honor.
LAURA. (Es guapo: si será rico?)

PEPE. Esto estará tan ameno
como siempre.
BRIG. Hoy está lleno
el salon; qué mozas, chico!
PEPE. Vaya!
BRIG. Hay una forastera.
LUIS. Guapa?
BRIG. Qué moza!
LAURA. (Esto pasa
de raya! La echo de casa.)
Señores, el piano espera.
BRIG. Vamos. (No, yo no he de ir
sin hacer lo que he pensado,
que será un golpe acertado.)
Si yo supiera escribir...
PEPE. Pues no sabes?
BRIG. Yo me entiendo.
MAYORD. Señora...
LAURA. Con el permiso.
BRIG. Sé escribir; pero es preciso
para un plan que estoy urdiendo...
LAURA. Va á cantar una señora;
allá les espero á ustedes.

ESCENA X.

PEPE, LUIS, el BRIGADIER.

PEPE. Mira, mi amigo Paredes
necesita sin demora
una recomendacion
para tu hermano.
BRIG. Bien, bien.
PEPE. Es preciso que le den
al punto una legacion.
LUIS. Pero hombre...
PEPE. Qué?
LUIS. Vaya un brinco.
PEPE. ¿Sabiendo leer y escribir
qué ménos ha de pedir
el año setenta y cinco?
BRIG. Yo lo haré; dame una nota.

PEPE. Escribe. (Sacando un pedazo de papel:)

LUIS. (En papel de luto?

PEPE. No importa; si este es muy bruto
y luégo no entiende jota.)

BRIG. (Me hablaba de la poesía...
de los hombres de talento...
si yo tuviera un momento
de inspiracion... qué no haría?
Con las hembras es filon
la poesía)

PEPE. Oye, Fulano!
Vas á darle esto á tu hermano
esta noche, oyes, pichon?

LUIS. (¡Pichon? hombre, qué franqueza!

PEPE. Si á este le manejo yo...)
Pero, hombre, estás lelo?

BRIG. No!
pero me arde la cabeza.
Estoy metido en un trote.

LUIS. No molestes al señor,
mañana será mejor.

PEPE. Oye, hombre del chafarote,
te exijo que hagas por este
cuanto sea necesario;
es un hombre extraordinario,
y por mucho que te cueste...
Dí que es un hombre de accion,
abogado, hombre discreto:
lo mismo escribe un folleto
que dirige una eleccion,
que trabajará con fe,
que hace versos...

BRIG. ¡Por mi nombre!
Hace usté versos? Pero, hombre,
por qué no lo ha dicho usté!

PEPE. Ves, hombre, ves? Si te callas,
cómo te han de colocar!

BRIG. Pues si usté me va á lograr
que gane aquí más batallas...
Conque usté hace?...

LUIS. Poca cosa.

PEPE. ¿Cómo, cómo? qué humildad!

tiene una facilidad
como si escribiera en prosa!

BRIG. Pues nada! Por colocado;
mando en mi hermano.

LUIS. Ah, señor!

BRIG. Pero favor por favor,
vengan, que esto es reservado.
Necesito unas coplitas
para decirle á una bella
que yo me muero por ella
con palabras muy bonitas.
¿Eh?

LUIS. (Qué inocente señor!)

PEPE. Pues anda.

BRIG. Tiene marido.

PEPE. Mejor.

LUIS. ¡Mejor?

BRIG. Y he sabido
que es celoso.

PEPE. Pues mejor.

LUIS. ¡Vaya! Pues siéntese usté;
voy á dictar. (Qué tontuna!)

BRIG. No ha sido poca fortuna.

PEPE. Yo me voy y volveré.
Allí jugando al tresillo
estoy; ya estás colocado!
Este es un desventurado.

LUIS. Pero...

PEPE. (Anda con él, Luisillo.)

ESCENA XI.

EL BRIGADIER, LUIS.

LUIS. Quiera Dios que se me ocurra.

BRIG. Diga usted.

LUIS. Voy á pensar.

BRIG. Es preciso idealizar...

LUIS. Déjeme usté que discurra.

BRIG. Ella no me hace gran caso;
pero los versos le petan,
y si los versos aprietan,

me pueden sacar del paso.
LUIS. Lástima grande, mi bien...
que mientras con loco afan...
busco yo en tu amor mi eden,
tengas otro dueño tan...
BRIG. Tan Adan! Así va bien!
LUIS. (No puedo tener la risa;
quién será la desdichada
que dé á este hombre una sonrisa?)
BRIG. Si no va usté más de prisa
no vamos á poner nada!
LUIS. Lástima grande, ¡ay de mí!
lástima que el más dichoso
pueda contemplar en tí...
BRIG. Ya hay tres lástimas aquí,
esto va muy lastimoso!
LUIS. Te amo, te quiero, te adoro,
en mi soledad te imploro,
y pienso en que otro mortal
te ha de mirar, y ¡oh desdoro!....
BRIG. Me parece á mí muy mal.
LUIS. Él te adora, enamorado
de tí sin ningun desvío,
siempre en tu amor embobado
es feliz...
BRIG. Amigo mio,
usté debe ser casado.
LUIS. Sí lo soy.
BRIG. Yo bien decía.
LUIS. Por qué?
BRIG. Porque se extasía
viendo al otro merecer;
diga usted lo que diría
si engañára á su mujer.
LUIS. Tu amor le quiero á despecho
del monstruo que te domina,
porque hay dentro de mi pecho
un altar que mi amor ha hecho
á tu beldad peregrina.
Él es tu exclusivo dueño;
él que á vivir te convida,
porque ponemos empeño,

él en ser mortal beleño,
yo elíxir de nueva vida;
él es la noche, yo el dia,
él duerme y yo aliento en tí,
él es duelo, yo alegría;
qué mucho que al fin un dia
llegues á pensar en mí?
yo en pago tan sólo anhelo,
ahuyentando su pesar,
ser, viendo en tí mi consuelo,
luz y sombra, tierra y cielo,
y alegría y bienestar!

BRIG. Bravísimo!

LUIS. ¿Habrá sabido
emprender?...

BRIG. Agradecido
quedo.

LUIS. De veras?

BRIG. Sí a fe:
mas de qué se rie usté?

LUIS. Pues claro está, del marido!
Debe ser un desdichado;
yo me figuro una cara...
mas le está bien empleado.

BRIG. Vaya! Si á usté le pasára...

LUIS. No, no tenga usté cuidado!

BRIG. ¿Hay confianza?

LUIS. Mi esposa
no viene por estas casas;
se está en la suya!

BRIG. ¿Es juiciosa?

LUIS. Y muy buena y hacendosa...

BRIG. Pues me voy, que estoy en brasas.
Yo cumplo lo que prometo;
usté me guarda el secreto
de este favor.

LUIS. Callaré.

BRIG. Y yo le coloco á usté
por el soneto.

LUIS. ¿Soneto?

BRIG. Es muy lindo, sí señor;
voy á dárselo á mi amor;

es composicion muy mona!
Sin embargo, en Barcelona
la habrían hecho mejor.

ESCENA XII.

LUIS.

Es un pedazo de atun
con un olor á cuartel;
pero el tipo es muy comun:
hay muchos que tienen pun-
tos de contacto con él.
Los versos son lo más malo
que pude hacer en mi vida;
le haré otros, y otro regalo,
y le contento y propalo
su talento; y en seguida...
cuento con un protector
para siempre! Pues señor,
voy á buscar á mi amigo;
mi mujer en lo mejor
del sueño, sueña conmigo!

ESCENA XIII.

PEPE, luégo ISABEL.

PEPE. ¡Qué condenada partida!
pierdo seis duros y medio;
yo no vuelvo aquí en mi vida;
qué cosa tan divertida;
pongamos pronto remedio.
Ya hemos visto al Brigadier
y está logrado el empleo;
aqui no hay nada que hacer.
ISABEL. ¡Qué calor!
PEPE. Una mujer.
ISABEL. Huyamos .. ¡Jesús! (Viendo á Pepe.)
PEPE. ¡Qué veo!
ISABEL. Pepe!
PEPE. ¡Isabel!

ISABEL. Ay qué apuro!
PEPE. ¿Usté aquí? Pues cómo es esto?
ISABEL. No, no soy yo... (De seguro
que me descubre.) Le juro...
PEPE. ¿Que usté no es usté? Protesto!
ISABEL. Crea usted...
PEPE. Pero señora,
no estaba usted con jaqueca?
ISABEL. No señor, la tengo ahora.
PEPE. Pero usted aquí á esta hora?
ISABEL. Amigo, cualquiera peca,
y luégo que... como Luis
no quería que viniera...
PEPE. Era á esta casa?
ISABEL. En un tris
estuvo que le dijera...
PEPE. Pues es un grano de anís!
Si la ve á usted...
ISABEL. Quién!
PEPE. Pues él!
ISABEL. ¿Pues qué está aquí?
PEPE. Ya lo creo.
ISABEL. ¡Ay! Yo muero... aleve, infiel!
con que él...
PEPE. Desde aquí le veo
hablar con el Coronel...
ISABEL. Qué embusteros son ustedes.
PEPE. Me insulta usted, cuando trato
de evitar...
ISABEL. En cuantas redes
le meterá usted...
PEPE. Yo!
ISABEL. Ingrato.
PEPE. ¿Sí? pues... ¿chico, ven si puedes!
ISABEL. Por Dios!
PEPE. Pues tan sin razon
cuando pienso en su afliccion
me trata de un modo duro...
ISABEL. Amigo mio, perdon!
sáqueme usted de este apuro!
qué va á decir si me ve?
PEPE. ¡Pobrecilla!

ISABEL. Quién contiene
su furor?

PEPE. Yo no lo sé.

ISABEL. Pero...

PEPE. Lo que sé es que viene!

ISABEL. Por Dios, escóndame usté...

PEPE. Pero dónde?...

ISABEL. No hay salida.

PEPE. Pronto... aquí! (La esconde en el balcon.)

ISABEL. Yo aquí escondida
me quedo á ver lo que pasa.
Sáquele usté de esta casa
que yo me voy en seguida!

ESCENA XIV.

PEPE, LUIS, ISABEL escondida.

PEPE. (¡Vaya un paso! si es probado
que no hay mando con mujeres)

LUIS. Hola, Pepe, has acabado?

PEPE. Sí, y te esperaba... sentado.
Vámonos.

LUIS. Irnos?

PEPE. No quieres?
Qué nos detiene aquí ya?

LUIS. Chico, yo... yo no me voy.

PEPE. Cómo que...

LUIS. Como que estoy
enamorado.

PEPE. Agua va.

ISABEL. (¿Qué ha dicho?)

LUIS. Sí, por quien soy!

PEPE. Pero tú... un hombre casado!

LUIS. Es decir... enamorado
no; pero, en fin, un capricho.

ISABEL. (¡Ay, ay, ay!)

LUIS. Lo dicho, dicho,
me quedo; estoy secuestrado!

PEPE. Pero hombre!

LUIS. Á tí te he de hablar
con franqueza.

PEPE. Á ver, á ver.
LUIS. ¿Por qué no he de aprovechar
un momento de lugar
que me deja mi mujer?
ISABEL. (Pues yo no dejo esto así!)
PEPE. (Esto se pone muy grave.)
LUIS. Nunca soy dueño de mí,
y puesto que ella no sabe
que estoy esta noche aquí...
ISABEL. (¡Vaya si lo sabe!)
PEPE. Es claro.
LUIS. Finjo que mi amor declaro.
PEPE. Pero quién así te abrasa
de amor de modo tan raro?
LUIS. ¡La señora de la casa!
PEPE. ¡Ah?
ISABEL. (¡Con ella!)
LUIS. Es muy bonita;
dice frases insinuantes;
y pues no es muy bendita
como tú decías ántes...
ISABEL. (¡Qué amigas tienes, Benita!)
LUIS. Es muy guapa.
PEPE. Ya lo creo!
LUIS. Y así para un trapicheo,
cual suelen decir ahora,
me conviene esa señora.
ISABEL. (Ya lo creo!)
PEPE. Ya lo creo!
LUIS. ¿Lo has dicho una vez ó dos?
PEPE. Hombre, vámonos de aquí.
ISABEL. (¡Qué se ha de ir!)
LUIS. Yo voy en pos
de mi bella amiga, adios!

ESCENA XV.

DICHOS, el BRIGADIER, con el papel en la mano.

BRIG. Diga usté, qué dice aquí?
LUIS Aquí dice... es que usted ha hecho
una letra.

ISABEL. (No, esto es hecho.
Yo salgo.)
PEPE. Si está borracho.
LUIS. (Leyendo.) «Tu amor le quiero á despacho...»
BRIG. Yo había puesto *al despacho.*
LUIS. Dieron fuego las coplitas?
BRIG. Le darán, son muy bonitas;
no he podido hallarla; ahora
voy á ver... ah, la señora
dice que le necesita.
ISABEL. (Que le necesita?)
PEPE. ¡Horror!
LUIS. Allá corro.
PEPE. (Lo mejor
es que yo á fuerza le lleve.)
No tema usté; él no se atreve
á hablar con ella de amor.

ESCENA XVI.

ISABEL, el BRIGADIER.

BRIG. Ya está bien.
ISABEL. Al fin! Salgamos!
BRIG. Ah señora!
ISABEL. Oh Brigadier!
BRIG. Á usted la busco, que vamos
unos versos á leer.
ISABEL. Muchas gracias; ya adivino...
BRIG. Para usted los hice yo.
ISABEL. (Y hechos por él! Asesino!)
No me gustan.
BRIG. Cómo no?
ISABEL. Los conozco.
BRIG. Si he acabado
de hacerlos.
ISABEL. No escucho nada.
BRIG. (Es capaz de haberme dado
una poesía usada!)
ISABEL. Los conozco, es una intriga;
conozco mucho al autor,
y es un hombre á quien me liga

larga amistad...

BRIG. Ah traidor!

ISABEL. Deje usted...

BRIG. Será su amante?

ISABEL. Déjeme usted, caballero.

BRIG. Pide un destino el bergante!
lo meto en el Saladero!
Perdone usted.

ISABEL. Perdonado;
no vuelva usted á insistir.

BRIG. Haberme así á mí burlado...

ISABEL. Me dejará usted salir!

BRIG. Voy á ver á esa persona
y vuelvo.

ISABEL. Yo estaré lejos.

BRIG. ¡Uf! Madrid! En Barcelona
no darían versos viejos?

ESCENA XVII.

ISABEL.

¡Oh, salgamos! Yo he faltado,
pero en cambio, ya he sabido
que tambien á lo jurado
faltar sabe mi marido.

ESCENA XVIII.

ISABEL, el MAYORDOMO.

MAYORD. ¿Qué le pasa á esta señora?

ISABEL. La salida, es por allí?

MAYORD. Se va usted?

ISABEL. Y sin demora.

MAYORD. Pero sola...

ISABEL. Sola, sí!

MAYORD. Nunca he visto á esta mujer.

ISABEL. Usted me acompañará.

MAYORD. Yo, señora...

ISABEL. Voy á ver...

MAYORD. (Está inquieta... Quién será?)

ISABEL. Vamos, hombre! Necesito
que me guien; ya olvidé...
Ah! (Viendo á Pepe, que viene corriendo.)

ESCENA XIX.

DICHOS, PEPE.

PEPE. Vamos, vamos, prontito!
El abrigo!... Corra usté!
Allí le dejo engolfado;
por aquí hay un corredor;
sígame usted y saldremos
por la escalera interior!
(Se dirigen á una de las puertas laterales.)
MAYORD. Por la escalera... ¡Ladrones!
PEPE. Ay, qué bruto! Pronto! Vamos!
MAYORD. ¡Aquí!

ESCENA XX.

MAYORDOMO, LAURA, LUIS, BRIGADIER, CONVIDADOS.

TODOS. ¿Qué pasa?
MAYORD. Ah bribones!
LUIS. Pero señor, dónde estamos?
LAURA. ¡Pero qué ocurre en mi casa!
MAYORD. Una señora, un señor,
aún deben estar saliendo,
de aquí se han ido corriendo
por la escalera interior.
Ella es alta, rubia, hermosa;
él es... uno que ha venido
con otro; á él le he conocido.
LAURA. Pero qué dice?
LUIS. Ay qué cosa!
BRIG. Pero quiénes puedan ser...
TODOS. Qué escándalo!
MAYORD. Á él le conozco.
LAURA. Su nombre. .
MAYORD. Don José Orozco.

LUIS. Pepe.
BRIG. Pepe.
LAURA. Y la mujer?
MAYORD. No podré decir quién era.
LAURA. Aquí no falta ninguna.
BRIG. Sí señora, falta una.
LAURA. Es verdad, la forastera.
BRIG. Es decir que el tal Pepito
era su amante y callaba,
y á usté me recomendaba?
Pues mi papel es bonito.
LAURA. Ay, si lo que á mí me pasa...
Á ninguna le ha pasado!
MAYORD. (Ya el escándalo se ha dado.
A ver si cierra la casa!)
LAURA. Yo no creía temer...
mas quién lo puede evitar?
Yo no me puedo negar
á recibir y á tener...
TODOS. ¡Es verdad!
LAURA. Yo la he creido
persona bien educada
y me ha tenido engañada.
Si la hubiera conocido!...
Figúrense ustedes, yo,
que desde que tengo dientes
estoy recibiendo gentes
en Francia, en España, en Pau,
en Biarritz, en los primeros
círculos de Portugal;
yo que he gastado un caudal
en recibir extranjeros,
dando la gente un nocturno
testimonio de mi gasto,
que no puedo dar abasto
á gente de alto coturno
y á la gente burocrática
que cobra mayores nóminas,
verme yo en estas andróminas
por una intrusa antipática,
y aún hay hombres que han osado
decirla hoy mismo piropos;

qué enamorados tan topos,
qué gusto tan estragado!
yo declaro que esa tal
ha venido casualmente,
tal vez decididamente
á querer hacerme mal,
ya puedes chillar ufana,
malicia que tanto corres!
todo esto saldrá en *La Correspondencia de la mañana*!
qué disgusto! qué disgusto!
yo estoy mala... Ay! yo me muero.
(Se desmaya.)

BRIG. Una silla...

OTRO SEÑOR. Pronto.

LUIS. (Al Brigadier.) Pero...
me quiere usted dar el gusto
de decirme quién es ella?

BRIG. Quién es? Pues claro! gentuza!

UNA SEÑORA. Una cursi.

BRIG. Una andaluza...
(Y yo enamorado de ella!)

UNA SEÑORA. Ha venido á pretender
con su marido, que ha sido
secretario...

UN POLLO. Algun perdido.

OTRO. Cualquier cosa debe ser.

LUIS. Pero...

OTRO. Cuando á tal se atreve...

LUIS. Y su nombre.

OTRO. Isabelíta.

LUIS. Donde vive.

BRIG. Aquí cerquita.
En el Clavel, diesinueve.

LUIS. (¡Mi mujer!) (Cae en otra silla.)

UNA SEÑORA. Otro disgusto?

BRIG. Le ha cogido de sorpresa:
un ataque á la cabeza:
un médico.

OTRA SEÑORA. ¡Vaya un susto!

LAURA. Señores, suprimo el té.

TODOS. Cómo?

LAURA. (Ya que puedo ahorrarme
el gasto...) Voy á acostarme...
¡Uf! ¡Me alegro por usté! (Al Brigadier.)
TODOS. ¿Vámonos?
OTRO. Vámonos, sí.
UN POLLO. Señor... Parece increible!

ESCENA ÚLTIMA.

LUIS, el BRIGADIER.

LUIS. Mi mujer... es imposible!
BRIG. ¿Vive usté con Pepe?
LUIS. Sí.
BRIG. Dígale usted que mañana
temprano le iré á buscar,
que soy hombre y militar,
y que no me da la gana
de sufrir sus chanzonetas
ni me engañe como á un chino,
y á más me pida un destino
que vale diez mil pesetas;
y usted que se asusta así
por su amigo, oiga usté en calma:
mañana le rompo el alma!
¡Estoy muy cargado! ¡Muy!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Las ocho de la mañana
y mi esposo sin venir,
y yo dada á los demonios
y llorando este desliz,
que me priva del gustazo
de poderle recibir
como se merece un hombre
que así se burla de mí!
¿Pero cómo le condeno,
cómo le puedo decir,
anoche has ido á una casa
que hay en la Red de San Luis,
donde habita una señora
como te gustan á tí?
Y él me dirá que es mentira,
y no le podré reñir,
porque dirá: ¿cómo sabes
que anoche estaba yo allí?
¿Y cómo digo—te he visto...—
si yo no he debido ir!

Si diciéndole declaro
mi desobediencia y mi...
¿Por qué salí yo de casa,
por qué he salido? ¡infeliz!
Por... porque me dió la gana,
pues... porque somos así,
porque no hay cosa más grave
que querernos prohibir...
¡Ay, qué cosas nos pasaron
desde aquella casa aquí!
Por el corredor á oscuras,
Pepe delante de mí
me llevaba de la mano;
yo me dejé conducir,
y no acabábamos nunca
con un corredor sin fin!
De pronto Pepe tropieza,
derriba un aguamanil
á oscuras, suena un estrépito
espantoso, se oye abrir
una puerta y una voz
exclama:—«Quién anda ahí?—
Y Pepe aprieta á correr
siempre tirando de mí;
nos damos un testarazo
contra la pared, y al fin
topamos con una puerta
y empezamos á subir
una escalera á tentones,
diciendo yo:—«¿Por aquí?
¿Dónde vamos? ¿Al tejado?»—
Y él empeñado en subir,
y encuentra una puerta abierta
y se cuela por allí
sin soltarme, y nos zampamos
en un súcio cuchitril,
y hallamos una criada
oyendo á un guardia civil
que le contaba unas cosas...
que no se pueden decir.
Al vernos se asustan ambos.
—«¿Qué es lo que busca usté aquí?—

dice el guardia; y dice Pepe:—
La puerta para salir,
animal!—Y el veterano
que se ve tratar así,
le pega una bofetada
que la debieran oir
en la calle. Pepe, airado,
me aparta lejos de sí.
coge al otro por el cuello
y le empieza á sacudir
tales porrazos y tantos
que le puso un ojo así! (Marcando.)
La criada vocifera
¡socorro! vengan aquí!
y empiezan á abrirse puertas,
y ladra abajo un mastin,
y sale un tuerto en camisa
con una luz y un fusil,
y la portera que sube,
y un vecino chiquitin
diciendo:—¿dónde es el fuego?—
y yo que tal cosa oí,
grito: ¡fuego! y gritan ¡fuego!
y se empieza á repetir
la palabra, y en barullo
echamos juntos á huir,
rodando por la escalera
seis señoras, el civil,
el tuerto, la maritornes,
un aguador, el mastin,
un gato, un chico, una cómoda,
un hombre, una codorniz,
dos serenos, una cuba,
una manta y un badil.
¡Truuum! Allá vamos todos;
por fin logramos salir
á la calle y oigo á Pepe
que me dice:—Por aquí —
iba el pobre sin sombrero,
riéndose el infeliz;
yo perdí en la batahola
mi abrigo de cachemir.

Pasa un coche.—Alto cochero.
Isabel, entre usté ahí,
yo voy muerto.—Al cementerio,—
grita Pepe, por decir
algo y con la broma olvida
el dar más señas y así
queda la cosa, y el coche
comienza á andar y á subir,
y á bajar, y en tanto hablamos,
nos dejamos conducir,
y para el coche, y bajamos
extramuros de Madrid,
frente á la Sacramental
de San Ginés y San Luis!
—¡Qué infamia!—grita mi amigo.
—Usté me ha mandado aquí!—
dice el cochero.—Ah salvaje!—
Y volvemos á subir
y á deshacer el camino,
y ántes de llegar aquí
se espanta el caballo y corre,
y me preparo á morir,
y nos lleva hasta la fábrica
de jabon de Chamberí.
Bajamos, tomamos otro
que al cabo nos trae aquí,
y á las tres de la mañana
me ve mi patron subir
triste, pálida, sin moño,
desesperada, febril,
con una manga de menos
y un chichon en la nariz.
Voto de un hábito hice
si salgo con bien al fin,
porque la paz de mi casa
vale por todo Madrid.

ESCENA II.

ISABEL, PEPE.

PEPE. Buenos dias, compañera.
ISABEL. Ah!

PEPE. Consiguió usted dormir?
ISABEL. No, no he pegado los ojos.
PEPE. ¡Qué tontuna! Pues yo sí!
ISABEL. Pero hombre...
PEPE. ¿Pues qué ha pasado?
ISABEL. ¡Friolera!
PEPE. Si en Madrid
pasa eso todos los dias.
ISABEL. Pero como nunca á mi
me sucedió...
PEPE. Pues por eso
le choca á usted; un país
meridional sólo vive
de emociones.
ISABEL. ¡Ya!
PEPE. Y aquí
se vive siempre en contínua
emocion.
ISABEL. ¡Hombre feliz!
PEPE. (Hay que consolarla; pobre,
lo que ha debido sufrir.)
Usted como de provincias,
no concibe...
ISABEL. Pero, en fin,
¿querrá usted probarme ahora
que aquí se suele vivir
rodando las escaleras
y con el alma en un tris?
PEPE. No; pero la veo á usted
asustada; bueno, sí,
que lo sucedido es grave,
¿pero se va usté á afligir
por torpeza más ó ménos?
Si lo importante es que Luis
no sepa que usté ha infringido
su prohibicion...
ISABEL. ¡Ah, sí!
PEPE. Con tal de que desde el punto
en que salimos de allí
no la nombrára á usté nadie
y él no pudiera decir:
—mi mujer es la que ha huido,—

no puede saber...

ISABEL. Á mí
se me figura que habría
murmuracion.

PEPE. El mandril
del mayordomo... no hay duda.

ISABEL. ¿Qué?

PEPE. Lo sabe todo Luis.

ISABEL. ¿Cree usted?...

PEPE. Es indudable.

ISABEL. Nos buscarían.

PEPE. Oh, sí,
ya me lo temía yo.
Dirían...

ISABEL. ¡Ay infeliz!

PEPE. ¡Chist!... Váyase usted á la cama.

ISABEL. ¿Cómo?

PEPE. Yo me quedo aquí
para preparar la cosa:
en cuanto oiga usted á Luis
comience usted á gritar.

ISABEL. ¿Á gritar?

PEPE. Sí, mujer, si;
dígale usted que ha pasado
la noche en un grito allí.
Y bien mirado, en un grito
la hemos pasado.

ISABEL. Feliz
idea.

PEPE. Póngase usted
en la cara un corbatin.
una venda.

ISABEL. Ya.

PEPE. Un emplasto,
unas obleas aquí...

ISABEL. Ya.

PEPE. Ó un sello de franqueo
ó lacre.

ISABEL. ¿Lacre?

PEPE. Ó, en fin,
la cara certificada.

ISABEL. Pero...

PEPE. Y déjeme usté á mí.
Usted es la que ha faltado.
ISABEL. ¡No señor!
PEPE. Sí, amiga, sí.
ISABEL. ¿Y él no ha faltado tambien?
PEPE. Él fué á negocios.
ISABEL. ¡Ah, sí!
¡Á enamorar á la otra!
PEPE. ¡Qué ha de enamorar!
ISABEL. ¡Qué vil
conducta!
PEPE. Si no se atreve;
si es de lo más infeliz:
enamorado... un cesante,
un gobernador civil
en ciernes... un progresista;
¿dónde ha visto usté eso?
ISABEL. ¡Á mí
no me nieguen lo que he visto!
PEPE. Pero, señora, si al fin
de estos trotes lo enviáramos
de embajador á Pekin,
¿no se puede dar por bien
empleado ese desliz?
ISABEL. Segun y cómo.
PEPE. Un destino
importante, un viaje allí,
á la capital de China,
donde había usted de ir
vestida de oro y de perlas
y á paseo en palanquin,
con un pericon más grande
que la plaza de Madrid.
ISABEL. Pepe, tiene usté unas cosas...
PEPE. Váyase usted á dormir
y pídale usted á Dios
que él no oyese nada allí.
ISABEL. ¡Ay! Si él supiera.
PEPE. Pues digo,
¡cómo se pondría! En fin,
vaya usté á ponerse mala.
ISABEL. No sé si sabré fingir.

PEPE. Si no sabe usté enfermar,
entónces hago venir
un médico.

ISABEL. No, eso no.
Fio...

PEPE. Fie usted en mí...

ESCENA III

PEPE, el CRIADO.

CRIADO. Don Luis viene.

PEPE. Oye, tú, hermoso.
Toma.

CRIADO. ¿Cinco duros?

PEPE. Chist.

CRIADO. Pero...

PEPE. Te va á preguntar
si pasó la noche aquí
la señora.

CRIADO. Y yo le digo. .

PEPE. Y tú le dices que sí.

CRIADO. ¡Ah!

PEPE. Que llamastes al médico,
que luégo te hicieron ir
á la Bolsa.

CRIADO. Ya entiendo;
¿qué más tengo que decir?

PEPE. Á todo lo que pregunte
ademas, finge no oir,
ó le dices que lo ignoras.

CRIADO. Que *lo iqnoro.*

PEPE. Cabal, Chist!

ESCENA IV.

PEPE, LUIS, el CRIADO.

LUIS. Toma, Pablo. (Dándole el abrigo.)

PEPE. (Yo deploro
lo que pasa... mas qué diablo!)

LUIS. (Mirando el reloj.)

Parado. ¿Qué hora es?

CRIADO. Lo ignoro.

LUIS. No lo sabes? (Pausa.) Oye, Pablo.
Tú eres un hombre leal?

CRIADO. Lo ignoro.

LUIS. Cómo?

PEPE. (Je, jé!)

LUIS. Hombre... eres un animal!

CRIADO. Lo ignoro.

LUIS. ¡Pues yo lo sé!
¿Qué te ha dicho la señora?

CRIADO. Lo ignoro.

LUIS. ¿Hay tal zanganada?
¡Este hombre todo lo ignora!
¿No te ha preguntado nada?

CRIADO. No señor.

LUIS. ¿Á qué hora vino?

CRIADO. ¿Venir?

LUIS. ¿Pero qué te pasa?
¿Te has vuelto lelo, beduino?

CRIADO. Si no ha salido de casa.

LUIS. ¡Hombre, te voy á matar!

CRIADO. Pero señorito, yo...

LUIS. Es que no la has visto entrar.

CRIADO. Si digo que no salió.

LUIS. ¡Pues yo te digo que sí,
que ha salido! ¿Dónde está?

PEPE. Tu mujer estaba aquí
mientras tú estabas allá.

LUIS. (Al Criado.) ¡Vete... imbécil! Deseaba (Á Pepe.)
encontrarte... y te encontré!
¡Vete, imbécil!

CRIADO. Ah, pensaba
que hablaba usté á Don José...
(Pepe le da un puntapié y sale corriendo.)

ESCENA V.

PEPE, LUIS.

LUIS. ¡Lo sé todo!

PEPE. Adios misterio.

LUIS. ¡Eres un vil, un traidor,
un aleve!...
PEPE. Haz el favor
de no ponerte tan serio.
LUIS. El escándalo se ha dado,
mas la gente, que es chismosa,
ignora que era mi esposa
y esto llevo ya ganado.
Mas me robas su cariño,
mi dicha, mi posicion!
PEPE. Pero hombre, no seas niño,
que estás tocando el violon.
¿Qué dijeron allí anoche?
LUIS. ¡Pues nada, se ha ido con él!
¿Y quién es? la forastera!
¿Cómo se llama? ¡Isabel!
Mujer de un hombre que ha sido,
terco sin segundo.
PEPE. Pero
¿tú piensas que has adquirido
la única Isabel del mundo?
LUIS. ¡Dieron señas de esta casa.
Todo, todo lo he sabido!
PEPE. Oye. Verás lo que pasa!
LUIS. ¿Pero caigo yo de un nido?
PEPE. ¡Pues sí señor!
LUIS. ¡Pepe!... Pepe...
PEPE. ¡Calla, ingrato! Ahora verás.
LUIS. Pablo! Que luégo me increpe
tu labio, mas tú oirás.

ESCENA VI.

DICHOS, CRIADO.

Pepe tapa con el cuerpo á Luis mientras pregunta al Criado.

PEPE. ¿Cuántas Isabeles hay
en la casa?
(Le enseña la mano abiertos los cinco dedos.)
CRIADO. (Viendo la seña.) ¡Cinco!
PEPE. ¿Ves?
Doña Isabel de Garay,

mujer de un aragonés;
doña Isabel de Romero,
que es mujer de un comerciante;
la vecina del tercero,
Isabelita Allustante;
Isabel de Manzanera,
que es una pianista coja.

CRIADO. ¡Y mi tia, la portera!

PEPE. Justo. Doña Isabel Roja.
Esto sin contar la tuya;
anoche me encontré allí
el señor de Perez, cuya
es la Isabel con que huí,
y si aún con esto te atreves
á dudar, debes saber
que tiene dos diez y nueves
esta calle.

LUIS. Á ver, á ver.

PEPE. Espérate; dile ahora (Al Criado.)
lo que esta noche pasó.

CRIADO. ¡Pues nada, que la señora
por poco se nos murió!

LUIS. ¡Cómo!

CRIADO. Al pronto eran algunos
dolores...

LUIS. ¿Qué?

CRIADO. Fuertecillos.
Y luégo le dieron unos
movimientos *conbolsillos*.

PEPE. ¡Convulsivos!

CRIADO. Es verdad,
conversivos, sí señor;
y con esta novedad
yo me fuí á por un doctor.

LUIS. Pero...

CRIADO. Y estuvo alarmado
y se quedó en esta sala:
¡si la señora ha pasado
una noche muy remala!

LUIS. Pero es posible.

PEPE. Y decía:
¡Luis, ya no te vuelvo á ver!

CRIADO. Eso.
LUIS. ¡Pobrecita mia;
en dónde está mi mujer!
PEPE. Si aún dudas de la afliccion
de la que es de tu alma dueña,
ó no tienes corazon
ó será de bronce ó peña.
LUIS. Déjame.
PEPE. Vete. (Al Criado.)
CRIADO. Volando! (Váse.)
PEPE. ¿Y qué le voy á decir
cuando te ha estado esperando
larga noche sin dormir?
LUIS. Tú me ayudarás.
PEPE. Sin duda.
LUIS. ¡Pero ahora recuerdo yo!
¡Tú necesitas ayuda!
PEPE. ¡Cómo!
LUIS. ¡Vaya! Más que yo!
Si el brigadier va á venir
para batirse contigo.
PEPE. ¿Cómo?
LUIS. Te va á dividir.
PEPE. ¿Y por qué?
LUIS. Por mal amigo.
Porque las mujeres son
de sentimientos perversos;
si tu Isabel, tu pasion,
fué el objeto de los versos.
¡Si esa Isabel que has robado
delante de sus narices
es el diablo!
PEPE. (¡Ay qué fregado!)
¡Hombre, mira lo que dices!
LUIS. Nada, quedamos unidos
para este mútuo tapujo.
PEPE. ¡Pues señor, bien! (Hay maridos
que tienen ojos de lujo!)

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL, con una venda por la cara.

LUIS. ¿Se puede?... Isabel!
ISABEL. ¡Ay!
LUIS. ¿Hija,
conque has estado tan mal?
ISABEL. ¡Muy mal!
LUIS. Deja que me aflija.
PEPE. (Está escamado.) (Ap. á Isabel.)
LUIS. Y qué tal?
ISABEL. Ya estoy mejor.
LUIS. Y yo en tanto...
condenado ministerio,
toda la noche hecho un santo.
ISABEL. (Cuidado que miente serio.)
Estuviste...
LUIS. En el Congreso
con este y con un señor.
ISABEL. ¿De veras?
PEPE. ¡Vaya!
ISABEL. (Amenazadora.) ¡Ay!...
LUIS. ¿Qué es eso?
ISABEL. (Disimulo.) ¡Que me repite el dolor!
LUIS. ¡Toda la noche! El deseo
de lograr lo del destino,
pero tendremos empleo
muy pronto.
ISABEL. ¿Sí, eh? (Ah, indino.)
LUIS. Sólo con hombres he hablado,
celosa mia, respira.
ISABEL. (Qué mentir más descarado.)
Hombre, parece mentira.
LUIS. ¿Qué?
PEPE. (Chist.)
ISABEL. Mentira... parece
que toda una noche...
LUIS. ¡Toda!
PEPE. Pero eso en Madrid se ofrece...
LUIS. ¡El trasnochar está en moda!

PEPE. Los gobernantes al ménos
gobiernan en horas tales.
LUIS. Justo, son unos serenos...
PEPE. Justo, constitucionales.
LUIS. Conque ya mejor...
ISABEL. Sí á fé.
Ya este pañuelo me estorba.
¡Aaah!
LUIS. Se me figura...
PEPE. ¿Qué?
LUIS. Que tiene la cara torva.
La prueba de lo que digo
muy pronto la vas á ver.
Pepito tiene un amigo
muy íntimo, un brigadier
que nos ofreció sacarnos
de este agobio que me asedia.
Y hoy aquí vendrá á buscarnos
á las diez ó diez y media.
ISABEL. ¡Aquí! (Ay Dios, me va á encontrar
y me va á reconocer.)
LUIS. Te lo voy á presentar.
PEPE. (¡Esta manzana va á arder!)
ISABEL. No me lo presentes, no.
LUIS. Ya lo creo, y ya no tarda.
ISABEL. ¡Ay!
LUIS. ¿Qué es eso?
ISABEL. Que volvió
el dolor... (Marchándose.)
LUIS. ¡Pero oye, aguarda!
ISABEL. Me voy á acostar.
PEPE. (¡Qué lio!)
CRIADO. Aquí viene un brigadier.
PEPE. (¡Madre de Dios!)
ISABEL. ¡Ay Dios mio!
Me voy!
LUIS. ¡Espera, mujer!
te presento á ese señor
y te marchas.
ISABEL. ¡No! no veo...
LUIS. Mujer, es mi protector.
PEPE. (¡Su protector! Ya lo creo!)

ISABEL. ¡Adios!
LUIS. ¡Ves qué grosería?
PEPE. Déjame solo con él.
LUIS. No tal, que yo sentiría
verte hacer un mal papel.
PEPE. Hombre, si él viene á buscarme...
tú déjame estar á mí.

ESCENA VIII.

DICHOS, el BRIGADIER.

BRIG. Buenos dias.
LUIS. ¡Brigadier!
BRIG. Hola. Aquí vengo á pedir
una explicacion.
PEPE. Ya entiendo.
BRIG. Yo no he podido dormir
pensando en que es un tuno...
PEPE. Oye, tú.
BRIG. Déjame á mí
hablar, que tengo razon
y tengo algo que decir,
y no me vengas con músicas,
porque estoy muy harto; muy!...
PEPE. ¡Harto! Es claro, cenarías
anoche como un mastin!
BRIG. Mira, Pepito, soy hombre
pacífico, y si no fuí
nacido en aristocracia,
me he sabido distinguir
en mi carrera á sablazos;
y nadie dirá de mí
que me ha superado nadie,
lo más que podrán decir
es que no tengo prinsipios,
pero alguno más serril
ha sido ministro y, vamos,
yo siempre lo he visto así,
que más vale un sable en mano
que una carrera sivil;
y en España hay mucho sabio,

pero aunque tengan de aquí
ú de aquí... si no hay fusiles
y arman la de San Martin...

PEPE. La de San Quintin.

BRIG. Pues bueno,
lo que sea; pero á mí
¿qué se me importa? yo creo
que tú eres por lo sivil
un sabio, mas yo te pego
dos bofetadas á tí.

LUIS. ¡Brigadier!

BRIG El señor sabe
á lo que vengo; es decir,
que si has creido reirte
de mí... te voy á partir.

PEPE. No te entiendo.

BRIG. Has dado anoche
un escándalo, y en fin,
esa mujer, yo .. la quiero
y tú estás de más aquí.

PEPE. ¿Cómo aquí?

BRIG. Tú ya me entiendes.
De los dos ha de elegir,
ó tú y yo; conque te mato
y así se queda sin tí.
Usté puede ser padrino. (Á Luis.)
Yo ya busqué.

LUIS. (¡Oh Dios! Qué ardid!
¡Ya lo tengo! Ya lo tengo!)
Brigadier, venga usted aquí.
(Llevándoselo aparte.)
(Pepe es casado.

BRIG. Casado?

LUIS. En secreto.

BRIG. Pero...

LUIS. Sí.
Es una historia muy larga.

BRIG. Conque es casado? Infeliz!

LUIS. ¿Cómo infeliz?

BRIG. Siga usted.

LUIS. Su mujer le hace sufrir.
¡Es celosa!

BRIG. Ya!
LUIS. Y anoche
la mujer estuvo allí
sin avisarle...
BRIG. Era ella...
LUIS. Le vió con otra.
BRIG. ¡Ah!
LUIS. Un desliz...
ciega de celos, le atrapa
y se lo lleva de allí
y arma la gresca.
BRIG. ¡Ah'
LUIS. Por eso
me asusté yo tanto...
BRIG. ¡Ah, sí?
LUIS. Usted no tiene derecho
para ofenderse, que al fin
es su... mujer.
BRIG. Ya lo creo!
Qué se diría en Madrid?
LUIS. Yo voy á buscar ahora
á mi mujer, y á venir
á presentársela á usted.)
(Á Pepe.) (Te he salvado.)
BRIG. (Me lucí.)
PEPE. (¿Qué has hecho?
LUIS. Pagarte el grande
favor que me hiciste á mí.)

ESCENA IX.

BRIGADIER, PEPE.

BRIG. Pepito, Dios, que es testigo,
que siento lo que ha pasado.
PEPE. ¡Qué cambio!
BRIG. Ya me ha contado
lo sucedido tu amigo.
Ella es guapa... y qué iba á hacer,
si me gustaba... y creía
que no...
PEPE. Mas...

BRIG. Yo no sabía...
PEPE. ¿El qué?
BRIG. Que era tu mujer.
PEPE. (¡Ah! le ha dicho que es mi esposa.
Bravo! ella no le ha de hablar
ni verle...)
BRIG. Has de perdonar...
PEPE. ¡Ajajá! Eso es otra cosa.
Porque eso de que un extraño
quisiera con tal franqueza
darme un dolor de cabeza...
BRIG. ¡Claro! Eso siempre hace daño.
Pero te repito...
PEPE. Ahora
debes remediar el mal
dándome...
BRIG. La credencial.
PEPE. ¡Uf! (Mirando á Luis, que entra con Isabel.)
LUIS. Brigadier, mi señora.

ESCENA X.

LUIS, ISABEL, el BRIGADIER, PEPE.

BRIG. ¡Su señora!!
PEPE. ¡Hasta otro rato! (Marchándose.)
BRIG. Espérate. (Corriendo á detenerle.)
ISABEL. (¡Ay Dios, qué apuro!)
BRIG. ¿Usted está bien seguro?
PEPE. (Hombre, cállate ó te mato!)
BRIG. Está casada con dos
por ventura?
PEPE. (Esto es muy grave!
Sí! pero ella no lo sabe!)
BRIG. ¡Hombre!
PEPE. Cállate por Dios.
ISABEL. Yo me juzgo muy honrada
en conocer al que un dia...
BRIG. (Es ella!...) Señora mia...
ISABEL. (Calle usted!) (Tirándole de un lado.)
PEPE. (No digas nada!)
BRIG. Francamente, yo protesto

y usted...

LUIS. (Llevándole ap.) (Pero, hombre, no es cosa de ir á enterar á mi esposa delante de él de todo esto.

BRIG. De esta hecha yo caigo en cama.

ISABEL. ¡Ay Pepe! (Tirándole de la levita.)

PEPE. (Cargado.) Estése usté quieta!

(Entra el Criado con una tarjeta.)

CRIADO. Aquí traen esta tarjeta.

LUIS. Á ver.

ISABEL. Laura de Saldama.

PEPE. (Laura aquí.)

ISABEL. (Se van á ver; ama á mi esposo.

PEPE. Sin duda.)

LUIS. ¡La conoceré! (Contento.)

BRIG. La viuda de Saldama?

LUIS. ¡Cómo!

ISABEL. ¿Á ver? ¡Que pase!

LUIS. ¿La viuda y ella son la misma?

PEPE. Sí.

LUIS. (¡Ay qué apuro! me descubre de seguro!) Hasta mañana! (Marchándose.)

ISABEL. Alto ahí. ¿Adónde vas?

LUIS. Á Pozuelo. Vuelvo!

ISABEL. ¡No! ¡Qué grosería! Que no ha de llegar un dia en que la veas.

LUIS. (Me vuelo.)

ISABEL. ¿Te vas á marchar ahora?

LUIS. Nada, que no me detengo.

ISABEL. ¿Ve usté qué marido tengo? (Al Brigadier.)

BRIG. ¿Pero cuál de ellos, señora!

ISABEL. ¿Cómo cuál de ellos!

PEPE. Ninguno.

LUIS. Vete adentro, curiosona.

BRIG. Francamente. en Barselona
no suelen tener más que uno.

PEPE. (Escurrámonos de aquí.

BRIG. Yo voy á cantar de plano.

PEPE. Hombre, ven, dame la mano
y vámonos por ahí.)

ISABEL. Venga usté, tengo que hablarle.

BRIG. Ah, busca usted un tercero...

PEPE. ¡Hombre, para ya!

LUIS. No quiero.

BRIG. Voy á acabar por matarle.

PEPE. Esa mujer va á venir.

LUIS. ¿Le has dicho que en casa estamos?

CRIADO. Lo ignoro.

LUIS. Hombre, ¿en qué quedamos?

CRIADO. Pues usté lo ha de decir.

PEPE. Oigo seda...

LUIS. Adios, José.

PEPE. ¿Y qué le digo, simplon?

LUIS. Tírala por el balcon
Estoy á los piés de usté. (Al Brigadier.)

PEPE. ¿Sí? Pues tú recibirás
por ellos á la viudita. (Id.)

BRIG. No, si yo tengo una cita
aquí dentro.

PEPE. ¡Cuerno! ¡Atrás!
¿Qué vas á hacer?

BRIG. Ayudarte.

PEPE. Es mi mujer.

BRIG. ¿Pues no digo?
¿No has partido con tu amigo?
Tomo una tercera parte!

PEPE. Venga usted. Yo estoy confuso;
á bien que hay dentro otra puerta...

BRIG. Eh, buen amigo, ojo alerta,
ahí se ha colado un intruso!

ESCENA XI.

PEPE, LAURA.

PEPE. ¡Qué noche, qué madrugada,

y qué mañana y qué dia!

(Entra Laura precipitadamente, nerviosa.)

LAURA. Pues señor, nadie diría
que esta casa está habitada.
Hola Pepe, bien hallado;
me alegro de verle á usted,
porque me hará la merced
de decirme qué ha pasado,
qué ha podido motivar
un paso como el de ayer;
irse con esa mujer
dando á la gente que hablar.
Qué clase de relaciones
median, y que yo ignoraba,
entre usted y la que estaba
deshonrando mis salones.
No puede usted figurarse
lo que allí se murmuró;
ya el escándalo se dió
y no puede remediarse;
ella desapareció
y la crítica no muerde
á gente oscura; quien pierde
en este asunto soy yo;
porque cómo he de seguir
recibiendo en una casa
en que ya cuentan que pasa
lo que así da que decir?
Un soltero, una casada
saliendo de un baile á gritos,
y marchándose juntitos
por una puerta excusada!
¡Así charlaba la gente!
¡Bueno le ponen á usté!
Francamente, yo no sé,
como usted, que es tan prudente,
ha podido dar lugar
á estos dimes y diretes;
que lo hagan los mozalvetes...
pero un hombre regular!
Cosa es para que se enoje
todo el mundo; yo no sé

cómo haga... y si viera usté
en qué situacion me coge!
yo que daba reuniones
y bailes buscando socios
para activar mis negocios
gordos en altas regiones.
Yo que con santa paciencia
sufro mis deudas y atrasos,
mientras estoy dando pasos
para tener influencia,
y estaba dando los bailes,
para cobrar unos ciertos
créditos que tengo muertos
de allá de cuando los frailes,
y un semestre de cupon
perdiendo doce mil reales,
y unos bienes nacionales
que tengo de mogollon!
Yo que me estoy arruinando
por ver si las relaciones
me procuran ocasiones
de ir mis cosas arreglando,
y traigo á casa quizás
con el pretexto del té,
á personas que yo sé
que hacen eso y mucho más.
Yo me encuentro por ustedes
murmurada y ofendida,
y otra vez sola y metida
entre mis cuatro paredes.
Debo los tés, los refrescos,
las comidas, el Champaña,
y todo por una extraña
y un... pues hijo, estamos frescos!
no me conoce usté á mí;
sepa usted que he decidido
venir y hablar al marido,
un hombre á quien nunca ví,
y á quien puedo hablar muy claro,
y por si acaso lo ignora,
le diré que su señora
y usted, con harto descaro,

deshonrando mis salones,
han deshonrado su nombre;
veremos á ver si es hombre
que aguanta sofocaciones,
y ya que yo estoy perdida,
me vengaré, armando grescas,
y hablaré, y diré mil frescas
á esa amiga fementida,
y á usted le he de denostar,
y pues que iracunda estoy...
pero en fin, callo, porque hoy
no tengo ganas de hablar.

PEPE. ¡Aranjuez! Parada y fonda!
LAURA. ¡Cómo!
PEPE. ¡Que el cielo desagua!
LAURA. Pero...
PEPE. Mientras toma usted agua
déjeme usted que responda.
(El plan que tengo tramado
va á salvar la situacion;
pero qué imaginacion
tengo yo y no lo he notado!)
Olvide usted lo de anoche.
LAURA. ¿Olvidarlo?
PEPE. Sí; olvidemos
ya lo pasado y pensemos
en el teatro, en el coche,
en la casa, en la modista,
el comerciante, el casero,
el cochero, el peluquero,
el aguador y el mueblista.
LAURA. Pero... esto es algun ardid?
PEPE. Aún puedo yo hacer favores.
¿Son muchos los acreedores?
LAURA. Uno solo.
PEPE. Quién?
LAURA. ¡Madrid!
PEPE. Señora...
LAURA. Debo á Honorina
los trajes de este verano,
á Lhardy, á Prats, á Escribano,
á Augusto y á la Isolina.

PEPE. ¡Total!
LAURA. No es fácil contar,
mas los primeros apuros...
los pago con dos mil duros.
PEPE. ¡Pues los vamos á pagar!
LAURA. ¿Cómo?
PEPE. No ha de ser eterno
el apuro.
LAURA. Los hay tales...
PEPE. Yo pongo doce mil reales.
LAURA. ¿Y lo demas?
PEPE. El gobierno.
Allí en una carterita
tengo los doce...
LAURA. Abreviemos.
PEPE. (Era mi plan... ¡ayudemos
á los pobres de levita!)
LAURA. ¿Qué debo de hacer?
PEPE. ¡Mentir!
LAURA. ¡Pero si no hago otra cosa!
¿Esa suma apetitosa
cuándo la he de recibir?
PEPE. Así que el nudo gordiano
acabemos de romper:
lo demas el Brigadier
lo arreglará con su hermano,
y cobrará usté esos picos
y cobrará usté el papel.
LAURA. El Brigadier...
PEPE. Mando en él.
LAURA. El Brigadier es tan rico...
PEPE. Un poco bruto...
LAURA. Adelante;
esas son suposiciones.
PEPE. ¡Bueno!
LAURA. Con cuatro millones
no hay ningun hombre ignorante.
PEPE. ¡Ah!
LAURA. ¿Qué es eso?
PEPE. No hay freno
á mi labio; ¡oh, quién creyera!...
¡Va usted á ser brigadiera!

LAURA. ¿Yo? ¡No me lo hará usté bueno!
PEPE. Venga usted, voy á enterarla
del asunto.
LAURA. (Es una perla
este hombre!)
PEPE. Voy á entenderla,
á servirla y á casarla!
LAURA. Pero usted qué es lo que quiere?
PEPE. Usted hará de aquí á un rato
un drama que no se espere,
y con todo el aparato
que su argumento requiere.

ESCENA XII.

LUIS, el BRIGADIER, ISABEL.

LUIS. Pero hombre, venga usté aquí.
ISABEL. Pero hombre, venga usté acá.
BRIG. ¿Dónde está Pepe?
ISABEL. No está.
LUIS. Pero óigame usted.
ISABEL. ¡No! á mí.
LUIS. ¿Será terco este señor?
pero hombre, ¿no se ha empeñado
en que yo no estoy casado
con mi mujer? ¡es valor!
ISABEL. (No le he podido hablar sola
y está la mentira en pie.)
BRIG. Ayer... no me pise usté. (Á Isabel.)
Ayer noche...
(Le pisa Luis.) ¡Dale bola!
Lejos, lejos!...
(Se apartan á ambos lados.)
El señor
estuvo anoche...
ISABEL. Sí, eso
ya lo sé yo. En el Congreso.
BRIG. No señora.
LUIS. ¡Sí señor!
ISABEL. Estuvo allí con usté;
¡no es verdad, esposo mio?

LUIS. Sí, hija mia.
BRIG. Este es un lio
que yo desenredaré.
Pepe, que armó aquel julepe
con usté...
LUIS. (Á Isabel.) Y tú por qué soplas?
ISABEL. ¿Yo?
BRIG. Y este... me hizo unas coplas
para la mujer de Pepe.
ISABEL. Hombre, Pepe no es casado.
LUIS. ¡Sí, mujer!
ISABEL. Si tú te empeñas...
LUIS. Claro.
ISABEL. ¿Por qué me haces señas?
LUIS. Yo no; si es que estoy helado
y me caliento.
BRIG. El señor
me halló en casa de la viuda.
ISABEL. Defiéndete, hombre!
LUIS. Sin duda.
BRIG. Y usted...
LUIS. ¡Defiéndete tú!
BRIG. Y en fin, hay más que buscar
á la viuda? Yo lo haré.
LOS DOS. No es preciso.

ESCENA XIII.

DICHOS, PEPE, LAURA.

PEPE. Venga usté.
ISABEL. Laura!
BRIG. La viuda!
LUIS. La mar.
(Caen cada uno en una silla y se tapan la cara.)
LAURA. Señores...
LUIS. Calla.
ISABEL. ¡Qué horror!
PEPE. (Á Luis.) ¡Despierta!
LAURA. Se han desmayado.
BRIG. ¡Amen!
LAURA. Parece que ha entrado

en casa el comendador!

ISABEL. Amiga mia...

LAURA. Señora...

ISABEL. Muy buenos dias.

LAURA. Muy buenos.
¡Cuánto la echamos de ménos
anoche! hasta última hora
la estuvimos esperando
cuantos había en la sala.

ISABEL. Señora...

LAURA. ¿Estuvo usté mala?

ISABEL. Sí, y aun ahora estoy .. rabiando
Rabiando... de unos dolores.
(Como la mire hablo claro.)

LAURA. Como hace tiempo tan raro...

BRIG. Justo... con estos calores...
En Diciembre...

ISABEL. Digo... frio...

BRIG. ¿Conque anoche la esperaba?
conque anoche allí no estaba
esta señora...

ISABEL. ¡Ay Dios mio!

LAURA. Hola, Brigadier...

BRIG. Bons dies.

LAURA. Caballero .. (A Luis.)

LUIS. (Ap.) (Cataplun!)
Señora...

PEPE. (Aquí es ella.)

LAURA. ¿Algun
amigo?

PEPE. (A Luis.) ¿De qué te ries?

ISABEL. Es... mi esposo...

LAURA. Ah, ya! por fin
alcanzo el gusto de verle...

LUIS. (¿Será miope?)

LAURA. Y conocerle.

BRIG. Yo estoy tocando el violin.
Conque usté nunca.

PEPE. (Ap. al Brigadier.) (¡Detente!)

ISABEL. (¡Chiton!) (Id.)

PEPE. (Silencio y perdona.)

BRIG. ¡Señores, en Barselona

se deja hablar á la gente!

LAURA. En Barcelona, ciudad
que bien conozco á fe mia,
y en que hay mucha cortesía,
talento y urbanidad;
todo el que tiene talento
lo emplea, y yo se lo digo,
en ayudar á un amigo
en un crítico momento.

LUIS. Gran leccion.

ISABEL. No ha estado mal.

LUIS. Me quiere ayudar.

ISABEL. (Me tapa.)

BRIG. Vaya, á mi no se me escapa.
¡Eso es por la credencial!
Pues la daré, pero ántes...

LAURA. Ántes, Brigadier, yo quiero
hablar con usted, y espero
que tenga usté más aguante.
Yo, que si ántes por desidia
me callé, le diré ahora
que si ha habido una señora
á quien una ciega envidia
le ha hecho pensar que usted ansiaba
mi amor, y sólo por eso
anoche haciendo un exceso
con usted coqueteaba...

LUIS. ¡Hola!

ISABEL. Proceder villano.

LAURA. Yo, Brigadier, no he sentido...

ISABEL. (Si no oyera mi marido...)

LAURA. (Á Isabel.) (Si habla usted, canto de plano.)

ISABEL. (Castigada estoy.)

LUIS. (¡Qué historia!)

LAURA. Tal vez esperó vencerme
esa mujer, y al poderme
humillar, cantar victoria
Pero aunque me haya vencido,
yo me quedo. . tan contenta.

PEPE. (Qué ocasion te se presenta...)

BRIG. (¡Es verdad!) Pues... ¡no ha vencido!

PEPE. ¿Cómo?

LUIS. ¿Cómo?
ISABEL. ¿Cómo?
LAURA. ¿Cómo?
BRIG. No coman ustedes tanto.
PEPE. (Tragó el anzuelo: es un santo.)
BRIG. No venció ni por asomo,
porque esa mujer... quien sea,
que ya el nombrarla no importa...
PEPE. ¡Bravo!
BRIG. Se ha quedado corta,
y si lo ha hecho con idea
no ha de quedarse sin ver,
que, yo que al fin valgo algo,
yo le ofrezco cuanto valgo
con el alma á otra mujer.
Y en fin, contra más amigos,
más claros, señora mia; (Á Laura.)
aquí y á la luz del dia,
y delante de testigos:
yo, Brigadier de cuartel,
pero con muchas pesetas,
y unas arcas muy repletas
de oro y de plata, y papel,
le ofrezco á usted mi persona,
mi corazon y mi casa,
mi fábrica de Tarrasa,
mis baños de Barselona,
y las fincas en mi tierra,
y el alma y el corazon,
y haga usté resolucion,
y amen; ¡y trágala, perra!
LAURA. ¡Brigadier...
PEPE. Dice muy bien;
es un partido excelente
y una persona decente,
y honrado y hombre de bien.
LUIS. Y yo que por vez primera
veo á usted, quiero que jure
amor, y que se inaugure
nuestra amistad.
ISABEL. (Si él supiera...)
LAURA. ¿Y usted? (Á Isabel.)

ISABEL. Yo... apruebo...
PEPE. Es preciso
BRIG. (¡Otra te queda!)
ISABEL. (¡Qué risa!)
LAURA. Me deja usté hablar de prisa? (Á Pepe.)
PEPE. Sí señora, doy permiso.
LAURA. Pues bien, yo amaba al señor.
BRIG. ¿De veras?
LAURA. Tiempo hace ya.
BRIG. (¡La rabia que pasará!) (Por Isabel.)
LAURA. Pero con secreto amor.
Hoy él su amor me declara;
soy sensible... soy mujer;
acepto, pues, Brigadier.
BRIG. Gracias.
LUIS. (¿Qué mujer más rara?)
LAURA. Y vámonos ya de aquí,
que estorbamos.
LUIS. No por Dios.
LAURA. (Á Pepe.) (¡Los he salvado á los dos!)
PEPE. ¡Ya pasaré por allí!
ISABEL. Señora, cuando otra vez
dé un baile ya no estaremos
en Madrid.
LUIS. Ya, si tenemos
el destino.
LAURA. Sí pardiez.
De aquí vamos á buscarlo.
BRIG. Yo lo aseguro.
ISABEL. ¡Ah señor!
LUIS. Mi prudente bienhechor.
BRIG. Pronto va usted á lograrlo.
LAURA. Y si á mi casa venir
quiere usted... yo no le pido
el permiso á su marido
por si no la deja ir.
LUIS. ¡Yo!
ISABEL. Se dan casos...
LUIS. En casa
no sucede...
LAURA. ¿No?
LUIS. No tal.

LAURA. Cierto que haría usted mal
si de intolerante pasa,
que ha debido usté aprender,
que en el mundo no es posible
echarla de irreprensible,
porque todo puede ser.
Y el que desdeña tratar
á las gentes, se extravía,
porque, quién sabe si algun dia
las podrá necesitar.
Echarlas de juez adusto
y rechazar todo el trato
de aquel á quien el relato
público maltrata injusto,
y á quien la chismografía
maltrata sin prueba alguna,
no es rectitud, es tontuna
ó bajeza ó cobardía.
Madrid es un poblachon
donde á todos nos dan palos,
á unos porque somos malos,
á otros porque no lo son.
No es muy honroso papel
el de huir, el de ocultarse;
más gloria hay en acercarse
al malo y luchar con él.
Usted que todos los dias
habla un lenguaje tan duro,
¿estará usted bien seguro
de que no hace picardías?
¿No va usted alguna hora
á dar nocturnos paseos?
¿no dice usted chicoleos
mientras duerme su señora?
Si así fuera mereciera
que su señora una noche
saliera, tomára un coche
y á correr mundo se fuera.
Pero no, no, no lo hará,
que es muy buena y muy juiciosa.
y casera y hacendosa,
y aquí encerrada se está.

Siga, siga usted rehacio
en extinguir su manía...
conque vamos, otro dia
hablaremos más despacio.

ISABEL. (¡Bendita sea su boca!)
LUIS. (Ya me he salvado, á mí qué.)
BRIG. (¡Fastidiarse!) vé.
LAURA. Pago, pues, yo estoy loca...
Pepe, hemos de ser los dos
muy ricos, y en corto plazo.
¡Pepe... déme usté un abrazo!
BRIG. ¡Vaya! ¡quedarse con Dios!

ESCENA ÚLTIMA.

PEPE, ISABEL, LUIS.

LUIS. Es un ángel.
ISABEL. ¡Ay, respiro!
LUIS. ¡Ay, Dios, qué susto he pasado!
PEPE. Ya no hay que hablar del pasado.
Ya venturosos os miro.
LUIS. Tu travesura.
PEPE. No hablar...
LUIS. Tu talento.
ISABEL. Su pericia.
LUIS. Basta, basta... de justicia!
ISABEL. ¿Cómo podremos pagar?
PEPE. Siendo desde hoy más sinceros,
sin daros en la cabeza,
y teniendo más franqueza,
siempre juntos quiero veros.
Que es malo buscar desquite
de un daño que se ha sufrido,
y Dios manda que se evite
que la mujer y el marido
jueguen nunca al escondite.

FIN DE LA COMEDIA.

MENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop.ᵈ que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
s cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
ue la sigue	1	Jacobo Sales	»
ue todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
narido soltero	1	Antonio Zamora	»
í qué	2	Eduardo J. Cortés	»
orazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
lanco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
nandamiento de la ley de Dios	2	Mariano Chacel	»
acuca	3	N. N.	»
ngel del hogar	3	Ángel Torromé	»
rbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon	»
astigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
stómago	3	Enrique Gaspar	»
ortco	3	Luis Blanc	»
ır al escondite	3	Eusebio Blasco	»
sposa del vengador	3	José Echegaray	»
nayor venganza	3	F. Sanchez de Castro	»
Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
iedra de la masía	4	Federico Soler	»
neras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
leo desconocido	1	F. Reparaz	Música
arberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra	Libro.
elo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
naestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
dos sargentos franceses	3	Emilio Alvarez	Libro.
paseite á la Habana	3	E. Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.